



Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

# **La azucena milagrosa**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

## La azucena milagrosa

Dedicado a don José Zorrilla.

### Introducción

Si envolviste mi nombre en el perfume  
de tu «silvestre», mágica «azucena»,  
en donde se compendia y se resume  
toda la gala de tu rica vena,  
de agradecida mi amistad presume,  
y mi voz, aunque ya cascada suena,  
el don te ofrece de sabroso cuento,  
a quien da otra azucena el argumento.

No es contender ni competir contigo,  
en quien de Calderón arde la llama;  
que solamente admiración abrigo  
por tu renombre y brilladora fama,  
pues raros hay que desde tiempo antiguo  
merezcan como tú la verde rama,  
que corona tu sien, claro Zorrilla,  
lumbera del Parnaso de Castilla.

¿Ni cómo competir numen helado,  
que al Occidente rápido declina,  
con el que joven en cenit sentado,  
bebe del sol la inspiración divina?...  
Oiga tu acento el orbe entusiasmado  
las nubes cruza, entre los astros trina;  
mientras tocando el fin de mi viaje,  
doy tibia luz a un pálido celaje.

Fe santa y verdadero patriotismo  
dieron voz a los bélicos clarines,  
despertando el valor y el heroísmo  
de los nobles hispanos paladines,  
para lanzar el torpe mahometismo,  
que aún del reino asombraba los confines,  
y plantar de Granada en el turbante  
la bandera del Gólgota triunfante.

Resonó por los ámbitos de España,  
que el mar circunda y el Pirene cierra,  
conmoviendo hasta la última cabaña,  
el santo grito de tan justa guerra.  
Y llegó pronto a una feraz campaña,  
que en torno abriga de León la sierra,  
de Nuño Garcerán antiguo estado,  
por sus mayores con valor fundado.

Sobre gigante loma que domina  
oscuro el bosque, fértil la llanura,  
y un hondo y ancho valle, en que camina  
torrente fugitivo de la altura,  
el almenaje carcomido empina,  
y timbres y follajes de escultura,  
como solo señor de aquel espacio,  
presumiendo de alcázar, un palacio.

Toscas los muros son, pero en su seno  
ofrecen comodísima vivienda,  
con jardín a su espalda tan ameno,  
como huerto de mágica leyenda.  
Pues de arbustos y varias flores lleno,  
y cortado por una y otra senda,  
ostentaba a la vista y al olfato  
brillantes tintas y perfume grato.

Y el sabroso rumor de la sonrisa  
de una fuente de mármol que chispea,  
y el murmullo apacible de la brisa,  
y el de las verdes ramas que menea;  
y eco, que los repite en voz sumisa,  
y el ave que los álamos gorjea,  
formaban deliciosa consonancia  
con selvas y torrentes a distancia.

Larga cadena de empinados riscos,

o más cerca o más lejos del palacio,  
coronados de encinas y lentiscos,  
circundan de su término el espacio.  
Y desnudas de chozas y de apriscos,  
mas no de nieves del invierno reacio,  
cierran en derredor los horizontes  
rudas cervices de gigantes montes,

ofrecen en sus quiebras y recuestos  
ejercicio a los perros y neblíes;  
garzas y aves diversas para aquéstos,  
para aquéllos cerdosos jabalíes.  
Y para el cazador ocultos puestos  
do a palomas selváticas turqués,  
y a tórtolas, amor de las florestas,  
redes tender, o disparar ballestas.

La llana y ancha vega parecía  
en marzo campo inmenso de esmeraldas,  
y cuando abril en ella sonreía,  
alfombra de amapolas y de gualdas,  
que el rojo sol de julio convertía,  
inundándolo todo hasta las faldas  
de los montes, en mar de espigas de oro,  
cual no lo ven ni el Sículo ni el Moro.

Del otoño feraz frutos opimos  
ostentaban los huertos y cañadas,  
almíbares brotando los racimos  
entre pámpanos y hojas coloradas,  
no inferiores en pompa a los que oímos  
que hallaron en las tierras fortunadas  
de promisión las tribus israelitas,  
por la alta diestra de Jehová benditas.

Robustas vacas y lozanos chotos,  
blando trébol y pálida retama  
despuntan libres en los frescos sotos,  
que no agosta jamás del sol la llama.  
Y allá por los ribazos más remotos,  
entre peñas buscando verde grama  
de ovejas un sinnúmero se mueve,  
sin lo que fueran reputadas nieve.

Dos o tres mil vasallos, que anhelosos  
a su señor y amparo bendecían,  
ricos, felices, prósperos, dichosos,

en tan fecundo suelo enriquecían.  
Sin que entre ellos hidalgos de pomposos  
timbres faltaran, que guardar sabían  
la comarca de injustas agresiones,  
armas vestir y domeñar bridones.

Pero de aquella tierra venturosa  
era el mayor encanto y maravilla  
una imagen antigua y milagrosa  
de la madre del Verbo sin mancilla,  
que con ardiente celo y fe piadosa,  
del excelso palacio en la capilla,  
veneraban aquellos naturales,  
implorando las gracias celestiales.

Tal era el pingüe y decoroso estado  
de Nuño Garcerán. En él moraba  
del mundo y de la corte retirado,  
y una dicha sin límites gozaba.  
Cinco lustros su edad era, y casado  
con Blanca de Agramunt feliz estaba,  
amándola con vida y alma toda,  
aún muy reciente su anhelada boda.

De don Fortún, señor de Berindano,  
ricohome de Navarra esclarecido,  
por los reveses del Destino insano  
a desdichada suerte reducido,  
y por civil discordia en el cercano  
reino francés oculto y retraído,  
era hija Blanca, y su consuelo todo  
tenerla establecida de tal modo.

Pues ella y un mancebo de edad tierna,  
que la sigue, consuela y acompaña  
en peregrinación, que juzga eterna,  
seguridad buscando en tierra extraña  
(tal del astro indignado que gobierna  
sus contrarias fortunas es la saña),  
eran las solas prendas, que tenía  
de unión dichosa cuando Dios quería.

Blanca, mujer de Nuño, era un portento  
de gracia, de beldad y gentileza,  
de candor, de virtud y de talento,  
sin lo que vale poco la belleza.  
Y en tierna edad, sin otro pensamiento

que amar y ser amada con ternura  
por su esposo feliz, le procuraba  
dichas que el mismo Cielo le envidiaba.

¡Cuántas veces vagando entre las flores  
del ameno jardín la siesta ardiente,  
de sus amantes labios los amores  
dieron regalo al sosegado ambiente;  
y de la hermosa Blanca los colores,  
y el fuego de los ojos refulgente  
de Nuño deslumbraban los encantos  
de rosas, azucenas y amarantos!

Cuando al primer albor de la mañana  
al esmaltar el llano y la floresta  
los reverberos de carmín y grana  
de nube junto al sol que nace puesta,  
si ella con un azor iba lozana,  
y él armando gallardo la ballesta  
al recorrer el soto, por deidades  
los tuviera el error de otras edades.

Ya los tibios y pálidos reflejos  
de la luna en las noches del astío,  
quienes a ambos esposos a lo lejos  
vieran vagando por el bosque umbrío,  
y oyeran de su hablar los suaves dejos  
atravesar las alas del rocío,  
por almas venturosas los tendrían,  
que el suelo aquél a bendecir venían.

En un mundo de amor dichoso y tierno,  
amor que concertaron las estrellas,  
y que se juzga durador, eterno,  
tan durador y eterno como ellas,  
de los que sólo un monstruo del infierno  
puede intentar romper, ya las centellas  
de los celos lanzándole, o la nieve  
de infames dudas esparciendo aleve.

Blanca y Nuño gozaban dulces días,  
teniendo de sus dichas por testigo,  
que a solas no hay completas alegrías,  
discreto confidente y franco amigo.  
De un Labrador de aquellas alquerías,  
cuando Nuño nació, nació Rodrigo,  
sin separarse de él desde la cuna,

asegurando así mejor fortuna.

Pues desde el primer paso de la infancia,  
de su señor asiduo compañero,  
entre los dos borrando la distancia  
el poder de un cariño verdadero,  
a conseguir llegó tal importancia,  
que era administrador y consejero  
y confidente y necesario amigo  
de Nuño Garcerán el tal Rodrigo.

¡Dichoso aquel que encuentra de la vida,  
en la difícil y áspera carrera,  
una existencia con la suya unida  
por firmes lazos de amistad sincera;  
de amistad perdurable, no nacida  
de interés vil o cálculo cualquiera,  
sino de inclinación mutua, en los años,  
que de ficción no saben ni de engaños!

Blanca, tan tierna, candorosa y pura,  
tal vez al buen Rodrigo miraría  
con prevención pueril, que amor procura  
ser exclusivo en cuanto alumbra el día.  
Mas del de Nuño hallándose segura,  
y que el tal confidente lo aplaudía,  
tratándola sagaz con tacto sumo,  
que al fin venciera su desdén presumo.

Con tal amigo, con tan tierna esposa,  
con alto nombre y con el rico estado,  
la vida más feliz y deliciosa  
gozaba Nuño que al mortal es dado.  
Cuando el son de la trompa belicosa,  
cual ráfaga de viento inesperado  
nubla el cristal de plácida laguna,  
vino a nublar tan plácida fortuna.

De Garcerán la noble sangre enciende el  
llamamiento a tan cristiana guerra.  
La obligación con que nació comprende  
como ilustre señor de aquella tierra;  
la voz del rey que lo convoca entiende,  
levanta su pendón, y de la sierra  
llamando a los hidalgos y pecheros,  
forma gallarda hueste de guerreros.

Ya el caballo que, suelto, la llanura  
tras las liebres y gamos recorría,  
bajo el bruñido arnés y la armadura  
generoso relincho al aire envía.  
El arcabuz que al ciervo en la espesura  
fulminó, y la ballesta que solía  
un ánade matar, o una paloma,  
van ya a extinguir la raza de Mahoma.

El hidalgo, que sólo de la caza  
se daba al ejercicio en ocio blando,  
ya vestida sobre ante la coraza  
se ejercita de escuadras en el mando.  
Y el labrador plebeyo olvida el haza,  
que fecundó con su sudor, y ansiando  
moros matar, embraza la rodela,  
ciñe la espada y alta gloria anhela.

Entusiasmado Nuño, alegre, activo,  
de ocasión tal para mostrar contento  
el noble esfuerzo y el valor altivo,  
propios de su encumbrado nacimiento,  
manifiesta que el Cielo no fue esquivo  
en darle el alto militar talento,  
y aquel que a pocos hombres les concede,  
sin el que gobernar ninguno puede.

También instinto bélico demuestra  
Rodrigo en los aprestos diligente,  
ora pasando a las escuadras muestra,  
ora instruyendo la bisoña gente,  
ora con mano previsora y diestra  
mirando por su dueño cual prudente,  
tiendas, víveres, armas, municiones,  
procurando a los nuevos escuadrones.

Blanca sólo, si bien ufana mira  
bajo el bruñido arnés aún más gallardo  
al esposo gentil por quien delira,  
que vestido del rústico tabardo,  
con mil sutiles medios, que le inspira  
su anhelante pasión, busca el retardo  
de ausencia, que la aterra y la confunde,  
y en un desconocido mar la hunde.

Viendo afanado siempre a su marido,  
sin pensar más que en la gloriosa guerra,

teme que su ternura dé al olvido,  
y tal recelo sin cesar la aterra;  
que amor es siempre de celos nido  
(en serlo sin cesar tal vez no yerra)  
y exclusivo, absoluto, aislado, solo,  
quiere en las almas ser de polo a polo.

Mas, ¡ah!, Blanca se engaña, pues su amante,  
firme como del norte está la estrella,  
jamás la amó tan ciego y delirante  
como al tener que separarse de ella.  
Y, cual siempre acontece, en el instante  
de ir a perder hallábala más bella,  
por no afligirla su dolor infando  
en semblante y palabras ocultando.

Viendo al fin terminados los aprestos  
Blanca, y cercano de la marcha el día,  
infantes y caballos ya dispuestos  
a saludar la hermosa Andalucía,  
y agotados al cabo los pretextos  
con que aquella jornada suspendía,  
ruega a Nuño con lágrimas y abrazos,  
que el corazón hiciéronle pedazos,

que espere a que perfily que concluya  
de bordar con sus manos una banda,  
que le prepara como prenda suya,  
y en que hace tiempo trabajando anda,  
para que este recuerdo disminuya,  
y ayuda a hacer, si puede serlo, blanda  
de ausencia tan atroz la amarga pena,  
a que el Destino infausto los condena.

Y que logre también ser el escudo  
de amor que la labró por la influencia,  
do flecha enherbolada y plomo rudo  
estrellen su diabólica violencia,  
si se mostrase el Cielo tan sañudo,  
y a sus ruegos con tanta indiferencia,  
que del maldito infiel no ponga estorbo  
al tronante arcabuz y al arco corvo.

Nuño consiente, que es lo que desea,  
y Blanca en su labor no se apresura;  
pero toca el final de su tarea  
por más que dilatarla, ¡ay Dios!, procura.

Y coronando su amorosa idea  
una cifra, prolija bordadura,  
de perlas traza con los nombres juntos  
de Nuño y Blanca en combinados puntos.

Pero, ¡ay!, al terminar labor tan rica,  
al dar temblando la última puntada,  
la aguja aleve se resbala y pica,  
¡mal presagio!, la mano delicada,  
y de encendida sangre se salpica  
la banda del amor... Horrorizada,  
lanza un grito la linda bordadora,  
y no el dolor, mas el agüero llora.

No estaba lejos el amado esposo,  
que vuelve de adiestrar los escuadrones,  
y herido del acento doloroso  
atraviesa anhelante los salones,  
y en alas del amor llega afanoso  
do sumida en funestas reflexiones  
halla a su encanto, y con el labio amante  
las lágrimas le enjuga del semblante.

Y aprecia más el don porque el tesoro  
de aquellas de su sangre gotas puras  
le dan valor, que por las perlas, y oro,  
que forman sus labores y figuras;  
y talismán seguro contra el moro  
lo estima, y prenda cierta de venturas,  
explicando entendido aquel agüero  
de un modo para Blanca lisonjero.

Ella en los brazos del esposo ataja  
el raudal de sus ojos, dichas sueña  
corto momento, y cíñele la faja,  
lazo que más y más su amor empeña.  
Mas, ¡ay!, pronto su sangre toda cuaja  
de las escuadras la última reseña,  
y de las trompas roncadas la llamada  
para emprender, ¡oh cielos!, la jornada.

Es ya urgente. Ni lágrimas, ni abrazos  
la pueden retardar. Noticia llega,  
de que los reyes de la fe en los brazos  
se acercan de Granada a la ancha vega;  
y que ya en sus recuestos y ribazos  
el cristiano estandarte se despliega;

y mengua fuera ya de los leoneses  
llegar tarde a los triunfos o reveses.

Los afanes, las ansias, las ternezas  
de ambos esposos, al adiós postrero,  
los encargos, palabras y finezas,  
que son de amor tesoro verdadero,  
el trastorno común de ambas cabezas,  
y de ambos corazones el esmero,  
quede en su punto aquí; pintarlo excede  
del poder que al ingenio se concede.

Formados en gallardos escuadrones  
los ha poco labriegos y villanos,  
desplegados al aire los blasones  
de Nuño Garcerán en fieles manos,  
dando atabal y trompa con sus sonos  
vida y voz a los ecos más lejanos,  
la hueste al cabo rumorosa marcha,  
un pardo amanecer, hollando escarcha.

Vicios, niños, mujeres, que formaban  
diversos grupos, con los ojos fijos  
en las tropas que lentas caminaban  
de esposos, y de padres, y de hijos,  
rostros y manos al Señor alzaban,  
con los fervientes ruegos más prolijos,  
para que salvos de la cruda guerra  
los restituya a su nativa tierra.

En la eminente torre del palacio  
Blanca, convulsa, muda, helada, yerta,  
ve el escuadrón marchar por largo espacio.  
Y Nuño, Garcerán, confuso y lacio,  
que el peso del dolor lo desconcierta,  
torna, y mil veces repitió el saludo  
con penacho, con lanza y con escudo.

El bosque al fin y una importuna loma  
cubren el escuadrón...; un paroxismo  
a la infelice doña Blanca toma,  
y húndese del dolor en el abismo.  
Nuño aún vuelve a mirar...; mas ya no asoma  
ni la alta torre, y fuera de sí mismo  
se torna en hielo, un alarido exhala,  
y la visera hasta los pechos cala.

Consuélese con cuerdas reflexiones  
y lágrimas también el fiel Rodrigo;  
¡gran cosa es escuchar en ocasiones  
el dulce acento de afanoso amigo!  
Pero para calmar sus aflicciones,  
¡ay!, no lo lleva Garcerán consigo,  
pues en la ausencia déjale el cuidado  
de su adorada esposa y de su estado.

Y, ¡oh gran dolor!, en la inmediata aldea,  
después de arreglos varios preventivos,  
uno al otro los brazos le rodea,  
empinados los dos en los estribos.  
Y vuelve atrás Rodrigo, y espolea,  
y Nuño, con mil gestos expresivos,  
le grita ahogado: «Cuídame a mi Blanca»,  
y a las lágrimas da salida franca.

### Primera parte

Los pendones triunfantes  
de la cruz soberana  
ya respetuoso desplegaba el viento,  
en las torres gigantes  
de esmalte y filigrana,  
con que Granada toca al firmamento;  
torres eternas, cuyos altos muros  
labrados entre mágicos conjuros,  
presagios, influencias, profecías  
y consultas de signos y de estrellas,  
lograban ya los venturosos días  
para que tal poder les dieron ellas.

El sol desde el Oriente  
al perfilar de grana y de topacio  
celajes que bordó la blanca aurora;  
y al ocupar el trono refulgente  
del cenit en la cumbre del espacio,  
derramando a raudales  
vida, riqueza y luz a los mortales;

y al declinar tras nube que trasflora  
de morado y de jalde al Occidente,  
saluda los católicos pendones,  
y en ellos los castillos y leones  
y aragonesas barras ondeando,  
y la fe pregonando  
de Alhambra y de Albaicín en las almenas,  
do antes volaban lunas sarracenas.

Genil, entusiasmado  
del triunfo de las armas españolas,  
no envidiaba del mar las crespas olas,  
después de haber tal gloria presenciado.  
Y al través de la vega apresurado,  
dejando atrás sus bosques y repechos,  
gozoso a relatar tan altos hechos  
iba al Guadalquivir, cuya memoria  
conserva otros tan grandes de su historia.

De la Sierra Nevada  
sonreía la cumbre  
porque en su hija Granada  
brillaba ya la bienhechora lumbre  
del lucero del Gólgota, y veía  
a la grande Isabel y al Gran Fernando  
la garganta pisando  
del islamismo con tan firme planta,  
que jamás volvería  
el brillo a oscurecer de la fe santa,  
ni a profanar la hermosa Andalucía.

Segura, en fin, España  
de la estirpe agarena, tanta hazaña  
famosa y nunca vista,  
con que sus héroes la feliz conquista  
lograron del imperio granadino,  
celebraba gozosa,  
aun sin saber que Dios iba el camino  
con mano poderosa  
a abrirle de otro mundo,  
por favor de su gracia sin segundo.  
Y ya la fama con su trompa de oro.  
eterna voz, y cántico sonoro,  
cruzaba mares, taladraba nubes,  
prestándole sus alas los querubes;  
y la insigne victoria difundía,  
por cuanto alumbraba el sol, y el mar enfría.

Y el español denuedo  
sembraba en los paganos  
terror, y helado miedo,  
y gozo, y nuevo aliento en los cristianos,  
pasmando al orbe todo  
el triunfo audaz, con que el linaje godo  
la lucha de ocho siglos coronaba;  
y con que aseguraba  
la fe de Cristo, y su blasón triunfante  
desde el tirreno mar al mar de Atlante.

Sí; de doña Isabel, de don Fernando,  
católicos monarcas españoles,  
de alta prudencia y de denuedo soles,  
que hoy en gloria sin fin están brillando,  
despojo era Granada.  
Mas dije mal, porque despojo no era,  
sino la más preciada,  
y la joya más rica, y la primera  
de la diadema espléndida española,  
entre cuantas respeta el orbe, sola  
de otras muchas formadas por el Cielo,  
con incesante anhelo,  
para en la augusta frente colocarla  
de tan egregios reyes;  
y en ella asegurarla  
por las humanas y divinas leyes.

Magnífico diamante,  
rico joyel de la diadema augusta  
del imperio español era Granada;  
con su cielo radiante,  
que rara vez el huracán asusta;  
con su sierra, pirámide de nieve,  
a quien ni el cancro abrasador se atreve;  
con su vega encantada,  
de deleites tesoro;  
con su Darro y Genil, que arrastran oro  
en los raudales fríos;  
con sus cármenes verdes y sombríos;  
con sus palacios mágicos de encajes,  
y frágil filigrana;  
con sus torres ligeras cual plumajes,  
que el soplo de la cándida mañana  
entre vapores húmedos parece,  
que blando agita, y que risueño mece.

Si hurí inmortal, si reina de odaliscas  
de alas de leve niebla y pie de espuma,  
con las galas espléndidas moriscas  
fué la hechicera juvenil Granada,  
ya por la gracia de los cielos suma  
se mira transformada  
en augusta matrona,  
orgullosa, triunfante,  
y con la frente de real corona  
ceñida en vez del bárbaro turbante;  
viéndola con profundo  
respeto absorto el admirado mundo,  
ya con la fe católica en el seno,  
antes manchado del inmundo cieno  
de torpes ceremonias y de ritos  
por el cielo malditos,  
y oyendo en sus mezquitas,  
del bátrato tremendo con espanto,  
las palabras benditas  
del Evangelio santo,  
que alienta al siervo, y al tirano doma,  
en vez de las blasfemias de Mahoma.  
Y admirando en sus cármenes y Alhambras,  
y plácidos jardines  
las danzas castellanas y festines,  
mucho más nobles que agarenas zambras;  
y en vez de Abencerrajes,  
y Zegríes traidores,  
poblada de linajes  
más altos y mejores,  
más bravos y hazañosos,  
y mucho más antiguos y gloriosos.  
\*\*\*

Todo era, pues, contento y alegría,  
justas, banquetes y vistoso alarde,  
desde el primer albor del nuevo día,  
hasta expirar los plazos de la tarde.  
Y de danzas y orquestas,  
regios convites y costosas fiestas  
el plácido rumor y los contentos  
daban vida a los vientos,  
las sombras de la noche regalaban,  
y el sueño de los astros arrullaban;  
y alboradas risueñas  
felicitaban a la blanca aurora  
cuando las altas peñas

de excelsos montes con su luz colora.

Tan sólo Nuño Garcerán, hundido  
en afán melancólico, se esconde,  
y ni al aplauso universal responde  
a su valor egregio conferido.  
Pues su esfuerzo bizarro  
a la vega encantó, y admiró al Darro,  
siendo sus estandartes  
y sus bravos leoneses  
nuncios de la victoria en todas partes,  
sin temer de fortuna los reveses.  
Y él, en el duro asalto  
del regio alcázar colocó tan alto  
su nombre, que la fama  
la flor de los guerreros le proclama.

Mas, ¡ay!, que de su patria, de su estado  
y de su tierna esposa separado,  
no puede tanta ausencia  
soportar de su pecho la vehemencia.  
Y ni ostenta su gala en los salones  
de los reyes, ni asiste a sus funciones,  
ni luce en los jardines,  
ni brilla en los festines,  
ni en Vivarrambla en pisador ligero  
ensangrentando el acicate de oro,  
justa, ostentando su saber guerrero,  
lidia, mostrando su destreza, un toro.

Y lejos del bullicio y los festejos,  
como está de placer y calma lejos,  
solitario pasea  
entre los altos olmos que menea  
el céfiro en la orilla  
del Genil. Y en la noche triste vaga,  
cuando la luna entre celajes brilla,  
y la corriente cristalina halaga,  
por los campos desiertos  
de tibia luz y de vapor cubiertos,  
y allí repite el nombre de su Blanca,  
y hondos suspiros de su pecho arranca.

Ha tiempo que carece  
de nuevas de ella, y cuando no hay noticias,  
ya infaustas, ya propicias,  
la ausencia se parece

al sueño eterno de la tumba helada,  
pues o malas, o buenas, son sustento  
de un alma enamorada,  
y dan vida a la ausencia y movimiento.  
A su tierra ha enviado  
uno y otro criado,  
que no tornan jamás, cual si un conjuro  
allá los detuviera,  
o cual si a su regreso se opusiera  
un encantado impenetrable muro.

Confuso entre afanosos pensamientos  
él triste se perdía,  
amante firme y tierno enamorado,  
creciendo los tormentos  
de su angustiado pecho cada día,  
de toda nueva de su bien privado.  
Cuando a mirar acierta,  
que llega una mañana ante su puerta  
en rocín sudoroso, y anhelante,  
un villano leonés; en el tabardo  
de tosco paño pardo  
conoció que lo era,  
como en las bragas y amarilla cuera.  
Un vuelco dióle el corazón, se lanza  
a salirle al encuentro sin tardanza,  
y sin preámbulo alguno le pregunta,  
latiente el pecho, la color difunta,  
por cara y nuevas de su esposa amada.

El villano la mano venerada,  
que es aquél su señor reconociendo,  
le besa, de este modo respondiendo:  
«Mi alta señora, vuestra esposa bella,  
de las montañas de León estrella,  
salud cumplida tiene;  
aunque siempre afligida la mantiene  
vuestra ausencia, señor, y noche y día  
pide llorosa, y con ferviente anhelo,  
que os torne salvo a vuestra patria el Cielo.  
Yo habito la alquería  
que está de la cañada en los alcores,  
entregado a las rústicas labores;  
de allí el señor Rodrigo con gran priesa,  
sin duda porque mucho os interesa,  
partir mandóme, y con premura harta  
poner en vuestras manos esta carta.»

Confuso Nuño Garcerán la toma  
con temblorosa mano,  
y aunque lo que le ha dicho aquel villano  
de doña Blanca, centro de sus dichas,  
le asegura, tal vez al rostro asoma  
inquieta turbación, pues que un arcano  
de míseras desdichas  
en sí contiene el misterioso pliego,  
le dice el corazón. Se encierra luego,  
ábrelo palpitante,  
y estos renglones se encontró delante:

«Don Nuño, tan larga ausencia  
empieza a perjudicaros,  
y es mi obligación llamaros,  
que importa vuestra presencia.

»Pues se alcanzó la victoria,  
y se conquistó a Granada,  
donde veis acrecentada  
de vuestra casa la gloria,

»a librar a ella y a vos  
de un abismo, que está abierto,  
y que yo a evitar no acierto,  
venid, y pronto, por Dios.

»Venid, que os llama un amigo...  
¡Quiera el Cielo no sea tarde!...  
Él os ayude y os guarde,  
vuestro servidor, Rodrigo.»  
\*\*\*

En tormentoso mar de confusiones,  
que envuelve noche ciega,  
leyendo estos renglones  
el desdichado Garcerán se anega.

Dice poco, es verdad, aquella carta;  
mas también, hartos dice,  
para que hienda y parta  
el alma y corazón a un infelice.

Y en el conjunto vago y sin colores  
del oscuro compendio  
se ven los resplandores  
de un infernal, aterrador incendió;

cual se ven en el fondo de los mares  
en confusión las rocas,  
y sin forma, a millares  
cruzar los tiburones y las focas;

o cual tras negro tronador nublado  
se ve que arde y que gira  
meteoro encapotado,  
nuncio fatal de la celeste ira.

Doquiera que el discurso vacilante,  
buscando conjeturas,  
de Nuño, acude errante,  
ve un piélago sin fin de desventuras

y espectros y fantasmas espantables  
le revuelan en torno,  
mucho más formidables  
por no tener ni forma ni contorno.

Y de aquellos fatídicos renglones  
de tan infausto arcano,  
consuelo en las razones,  
quiere encontrar su mente del villano.

Sí; nuevas favorables de su Blanca  
le ha dado cual testigo;  
mas el alma le arranca  
notar que ni aun nombrarla osa Rodrigo.

Aquél le dijo que constante llora  
su ausencia, y éste calla.  
¿Será que el uno ignora  
lo que otro el modo de decir no halla?...

¡Ay! Este pensamiento le horroriza,  
y arde en un fuego interno  
que envenena y atiza  
una mano invisible del infierno,

y destrozado y roto en el combate  
de temor y de duda,  
se anonada, se abate,  
sin luz los ojos y la boca muda.

Mas una pronta decisión estalla

en su cabeza ardiente,  
cuando en la cruel batalla  
iba a doblar exánime la frente.

La de volar en busca de Rodrigo  
a la nativa sierra,  
y ver cuál enemigo  
allá le mueve tan extraña guerra.

Y las alas envidia voladoras  
del águila altanera,  
que cruza en pocas horas  
todo el cóncavo espacio de la esfera.

Escondiendo a los suyos el viaje,  
veloz caballo ensilla,  
y con humilde traje,  
y con sólo su afán vuela a Castilla.

Ya deja atrás las torres de Granada,  
y la encantada vega,  
y la Sierra Nevada,  
y al confín andaluz rápido llega.

Y lo ve galopar sin un respiro  
el sol desde el Oriente,  
hasta acabar su giro,  
apagando en el mar la crencha ardiente.

Y la luna y las trémulas estrellas  
alumbran su viaje,  
luciendo sus centellas  
al través del vapor y del celaje.

Atraviesa a Castilla, montes, ríos,  
valles profundos, nada  
disminuye sus bríos  
ni detiene la rápida jornada.

Y al rojo esclarecer de hermoso día,  
principio del verano,  
cuando la aurora abría  
la puerta de oro al astro soberano,

vio Nuño aparecer azul un monte  
aun de nieve vestido  
allá en el horizonte,

y dióle el corazón hondo latido.

La sierra es de León, donde su estado  
tiene, y su dicha asiento;  
y hacia ella, arrebatado,  
lanza el corcel más rápido que el viento.

A cada nueva y conocida loma,  
que descuella de lejos,  
y cuando un punto asoma,  
que blanquea del sol a los reflejos,

sensaciones tan fuertes e indecibles  
el corazón le agitan,  
y tan indefinibles  
pensamientos le hielan o le irritan,

que ya para sufrir tanto martirio  
sin fuerzas espolea  
en insano delirio  
el alazán, que sin vigor jadea.

¡Oh cuán breve y cuán largo es el camino  
que corre un desdichado,  
si va donde el Destino  
le tiene algún desastre preparado!

Al cabo Nuño, en férvidos vapores  
que del valle se elevan,  
descubre los alcores  
de los estados que su nombre llevan.

Y al fin del sol, que baja lentamente  
al confín del espacio,  
no lejos ve, a su frente,  
la mole desigual de su palacio.

Y le parece aterrador coloso  
que lo amenaza y mira;  
y crespón doloroso  
la leve niebla que en sus torres gira,

y detiene de pronto la carrera  
con toque tan forzado,  
que el caballo cayera,  
a no sentir el acicate agudo,

y lanza un grito, o pavoroso trueno,  
que el corazón hinchado  
le da un vuelco en el seno,  
como si en él hubiera reventado.

Una encendida bomba es su cabeza  
que a estallar va al instante,  
y en toda su grandeza  
la boca del infierno ve delante.

¡Mísero!... Las fantásticas visiones  
le cercan de su mente,  
piérdese en ilusiones  
y no ve la verdad que está presente.

No ve a su encuentro por la misma senda  
un hombre y un caballo  
venir a toda rienda,  
ni oye el recio pisar del duro callo,

ni sale del delirio hondo, morboso.  
hasta que el brazo amigo  
le estrecha cariñoso  
de su buen servidor, del fiel Rodrigo.

Reconócelo, abrázalo, suspira,  
y la color difunta,  
con hondo afán lo mira,  
sin osar producir una pregunta.

Y Rodrigo también, mudo, turbado,  
y la color de cera,  
la mirada, espantado,  
de aquellos ojos evitar quisiera.

Descabalgan entrambos, y Rodrigo,  
estrechando la mano  
de su señor y amigo,  
lo asienta al pie de un álamo lozano;

cuando en un mar de fuego en Occidente  
pálido el sol se hundía,  
su faz velando ardiente  
sangriento nubarrón, tumba del día.

A la luz del crepúsculo borrosa,  
mientras la suya daba

la luna candorosa,  
que entre cumbres oscuras asomaba;

tras de silencio breve pero horrendo,  
solos, y sin testigos,  
tal diálogo tremendo  
tuvieron entre sí los dos amigos:

DON NUÑO.

A tu carta obedeciendo  
en León me tienes ya;  
¿qué males, pues me amenazan?...  
Dilos, dilos sin tardar.  
Dilos, porque el alma tengo  
en tan angustioso afán,  
que de tus palabras pende  
mi ansiosa vida quizás.

RODRIGO.

Señor, mi confuso labio  
no sabe cómo empezar;  
pues hay cosas cuyos nombres  
no acierta el bueno jamás,  
y acaso es más infelice,  
en mayor angustia está,  
que el que infortunios aguarda  
quien los debe revelar,

.....  
.....

DON NUÑO.

Apresura mi tormento,  
ten de tu amigo piedad.  
¿Vive Blanca?... Si ella viva,  
¿qué me importa lo demás?

RODRIGO.

¡Ay, que has pronunciado el nombre  
que no osaba pronunciar!  
Vive doña Blanca, vive...  
Vive, sí; vive... ¡Ojalá  
que nunca vivido hubiera  
para tu nombre afrentar!

DON NUÑO. (Furioso.)

¿Qué supones, miserable?...  
¿Qué alientas, furia infernal?...

Prueba, prueba lo que dices  
o mi furia probarás.  
Mi Blanca es como el sol, pura;  
es un ángel celestial.

RODRIGO. (Turbado.)  
Doña Blanca... es...

DON NUÑO.  
¿Qué es?... Acaba.  
¿Se te pega al paladar  
la lengua?... ¿Qué es, di, mi esposa?

RODRIGO.  
¡Infiel!

DON NUÑO. (Poniéndose en pie.)  
¡Mentira!

RODRIGO. (Resuelto.)  
¡Verdad!

DON NUÑO. (Cayendo convulso.)  
¡Ábrete, tierra, a mis plantas  
y sepúltame voraz!

\*\*\*

Como de rayo tronador herido  
cayó convulso en tierra  
y lanzó un alarido  
que estremeció los riscos de la sierra.

Y el confidente, mudo y aterrado,  
hecho estatua de hielo,  
inmóvil quedó a un lado,  
fijos los turbios ojos en el suelo.

Don Nuño, destrozándose furioso  
la túnica y el pecho,  
revuélcase anheloso  
sobre la hierba, de dolor deshecho.

Rodrigo al cabo a su socorro viene,  
levanta al infelice,  
lo anima, lo sostiene,  
y con voz balbuciente así le dice:

RODRIGO.

Volved en vos, señor mío,  
¿dónde vuestro esfuerzo está?  
¿Queréis morir sin venganza?

DON NUÑO. (Reanimándose.)

¡No, Rodrigo, no; jamás!  
Cuéntame, cuéntame todo,  
tranquilo te escucho ya.

RODRIGO.

¿Y qué puedo yo contaros...?  
Vuestros ojos mismos van  
a decíroslo al momento.  
Y pues nadie sospechar  
puede, señor, vuestra vuelta,  
y la noche y el disfraz  
esconden vuestra persona,  
venid tras de mí y callad.

\*\*\*

Como al conjuro de potente mago  
un cadáver camina,  
así con paso vago  
va Nuño entre la niebla blanquecina.

Atravesando el bosque con su amigo  
en silencio profundo,  
mas llevando consigo  
todo un infierno aterrador del mundo,

Y su planta vacila a cada instante,  
y no más firme acaso  
es la que de él delante  
tiene Rodrigo con incierto paso.

Y no se escucha más que el rumor leve  
de espesos matorrales,  
que su marcha remueve  
al través de barrancos y de eriales.

Y la respiración de ambos viajeros  
estertor parecía,  
del que ya en los postreros  
afanes juzga escasa el aura fría.

Iban como al través de honda cañada,  
entre encinas y pobos,  
buscando la manada

de ovejas van dos carniceros lobos.

Y los ojos de Nuño relumbraban  
cual brasas encendidas,  
y acaso espanto daban  
a las aves del todo aun no dormidas.

Y lumbre azul, cual arde sobre un muerto,  
los ojos de Rodrigo  
daban en el desierto,  
sin osar revolverlos a su amigo.

A poco tiempo llegan a una puerta  
del jardín del palacio,  
que sin rumor abierta  
da entrada franca al encantado espacio.

Y enfrente allí de un cenador de hiedra,  
do una lámpara ardía  
y una mesa de piedra  
refrigerios y frutas ofrecía;

entre las murtas, troncos y follaje  
quedan entrambos bultos,  
por fin de su viaje,  
en gran silencio, sin moverse, ocultos;

tal se esconde alevoso en la enramada  
el cazador y espera  
la cierva descuidada  
que baja por la noche a la ribera.

¡Ah buen Rodrigo!... Tu amistad constante,  
tu gratitud ardiente  
te arrastran tan distante,  
que no hallarán disculpa en el prudente.

De honradez y lealtad tan alta prueba,  
¿no ves, oh fiel Rodrigo!,  
que al precipicio lleva  
al que proclamas protector y amigo?

¿Cuánto mejor te fuera, o tú vengarlo,  
si impedir no pudiste  
el mal, o que ignorarlo  
por largo tiempo consiguiera el triste?

¡Ay, hasta la virtud, hija del cielo,  
los míseros mortales,  
por imprudente anhelo,  
pueden mina fecunda hacer de males!  
\*\*\*

¡Cuán clara y refulgente,  
espléndido topacio,  
en el celeste espacio  
ostentaba la luna su esplendor!

Con sonrisa inocente  
dormida entre celajes,  
delicados encajes  
de leve niebla y cándido vapor.

Y su luz argentina  
por lomas y collados,  
y silencios prados  
se gozaba apacible en resbalar;

y la pomposa encina,  
y el contorno del monte  
en el vago horizonte,  
de nácar sobre nube, en dibujar.

Dejando al valle hondo  
tiniebla misteriosa,  
que nadie mirar osa,  
temiendo algún fantasma descubrir;

y sólo allá en el fondo  
dejaba la corriente  
del rápido torrente  
breve y fugaz destello relucir,

En calma estaba el viento,  
y el aura revolando  
y en silencio besando  
las soñolientas flores del jardín.

Robábalas su aliento,  
y con él perfumaba  
y en bálsamo tornaba  
el ambiente hasta el último confín.

El silencio profundo  
tan sólo interrumpía

la fuente que corría  
y el acento de un tierno ruiseñor;

dijérase que el mundo,  
en sueño regalado,  
dormía reclinado  
en el inmenso seno del Creador.

¡Ah! Noche tan hermosa,  
tranquila y apacible  
que encubra no es posible  
perfidia, engaño, crimen y traición.

Si alma hay tan horrorosa  
que a turbarla se atreva,  
sobre su frente llueva  
el fuego de la eterna maldición.

Mas, ¡ay!, que la influencia  
de su apacible calma  
no tranquiliza el alma  
del furibundo Nuño Garcerán.

Y cuando su impaciencia  
a atropellar por todo  
iba y de cualquier modo  
a dar un fin a su angustioso afán,

y apenas ya podía  
la mano de su amigo,  
el ejemplar Rodrigo,  
contener su impaciencia y su altivez,

en lejana abadía  
el reloj resonando,  
que el tiempo iba ajustando,  
dió con gran pausa campanadas diez;

y la puerta aparece,  
del vecino palacio,  
en el oscuro espacio  
de pronto una hermosísima mujer.

Mujer que resplandece,  
aparición divina,  
de aquellas que imagina  
la inocencia en ensueños de placer.

Talle esbelto, elegante,  
y formas delicadas,  
que lucen adornadas  
con veste de blancura virginal;

y un pálido semblante  
sobre el cuello flexible,  
tan bello y apacible,  
y de expresión tan noble y celestial,

cual rara vez el suelo  
ve, cuando de belleza  
quiere Naturaleza  
darle un tipo ostentando su primor;

y que tan sólo el Cielo  
reveló al soberano  
ingenio, y a la mano  
del grande Urbino, el inmortal pintor.

Toda ella iluminada,  
sobre aquel fondo oscuro  
encuadrado en el muro,  
por la luz de la luna vertical

con el claror mezclada,  
de la llama, que brilla  
oscilante, amarilla,  
dentro del cenador en un fanal;

parece la figura  
de la divina maga,  
aparición tan vaga  
de misterioso y singular color

que no humana criatura  
del mundo se creería,  
sino una fantasía,  
un conjunto de luz y de vapor.

Don Nuño, arrebatado  
por tal visión divina,  
casi la frente inclina,  
casi olvida su furia y su ansiedad;

cuando ponerse al lado

ve de aquella belleza,  
con familiar franqueza,  
un mancebo gentil de corta edad.

De risueño semblante,  
de noble corpulencia,  
de gallarda presencia,  
brotando actividad, vida, expresión;

y con traje elegante  
de rojo terciopelo,  
y sobre el rubio pelo  
una toca adornada de un airón.

Lanzó Nuño un rugido  
profundo, ahogado, interno,  
que se oyó en el infierno,  
aunque apenas se oyera en derredor.

Y ciego, enfurecido,  
con el hierro desnudo,  
iba... Pero forzado  
sujetó el fiel Rodrigo su furor.

\*\*\*

El joven y la hermosa,  
alegres, decuidados,  
y del brazo enlazados  
discurren un momento en el jardín.

Y su charla amorosa,  
esparciendo un murmullo,  
como apacible arrullo  
dentro del cenador entran al fin.

Ella en rica almohada  
de brocados se sienta,  
y en pie le presenta  
frutas y flores el gentil garzón.

Quien viendo preparada  
arpa sonora a un lado,  
púlsala arrebatado,  
y entona esta dulcísima canción:

«En noche tétrica  
de desventura  
y de amargura

me iba ya a hundir,

»cuando la fúlgida  
luz de una estrella  
benigna y bella  
vi relucir;

»y eras tú, Blanca mía,  
la estrella de consuelo y de alegría.

»En negro vértigo  
agonizaba,  
mi pie tocaba  
ya el ataúd,

»y un dulce bálsamo  
bebí anhelante,  
y hallé al instante  
vida y salud;

»y eras tú, Blanca mía,  
el bálsamo que tanto conseguía.

»Blanca, sí;  
todo a ti  
de polo a polo  
lo debo sólo.

»Sin tu amor,  
y favor  
fuera mi suerte  
miserable muerte:

»porque eres, Blanca mía,  
bálsamo de salud, sol de alegría.»

Aquí llegaba en su canción, mirando  
con arrasados ojos y semblante  
a la dama el doncel, cuando anhelante  
ella, el rico almohadón abandonando,

se acercó a él con cariñoso exceso,  
y en la mejilla juvenil y hermosa,  
con la emoción del canto ardiente rosa,  
le imprimió un blando y delicioso beso.

Rodrigo suelta entonces a don Nuño,

que como flecha despedida arranca,  
y en el seno infeliz de doña Blanca,  
hundió la daga hasta el dorado puño.

El mancebo de pronto en su defensa,  
tarde era ya, sacrificarse quiere,  
y el mismo acero lo recibe, y hiere  
y abre en su tierno pecho herida inmensa.

Al desplomarse en brazos de la muerte,  
Blanca infeliz, y en el postrer desmayo  
cuando juzgó que la mataba un rayo,  
quién es su matador, ¡mísera!, advierte.

Y, «¡oh Nuño!», exclama en el postrer aliento  
y Nuño redoblando con oírla  
su furor infernal, torna a embestirla,  
que sólo de su muerte está sediento.

Y cébase, cual hiena furibunda,  
en el cadáver con horrible estrago,  
bañándose frenético en el lago  
de sangre, que el jardín, cálida, inunda.

Cuando huracán horrísono rugiente  
baja de pronto desde la alta sierra,  
los árboles altísimos aterra,  
y el cenador y lámpara eminente,

embiste silbador con recio empuje  
el palacio, y lo mece, y lo fulmina,  
las gigantescas torres arrüina,  
y el muro roto se desploma y cruje,

y la luna purísima envolviendo  
en borrascosas nubes espantables,  
con espesas tinieblas impalpables  
cubrió aquel espectáculo tremendo.

Nuño, de un trueno al espantoso grito,  
de sí mismo medroso y aterrado,  
y creyendo que el orbe ha caducado,  
del Sumo Ser, que le formó, maldito,

por el áspero monte huye cobarde,  
de cuando en cuando deslumbrado y ciego  
de súbitos relámpagos al fuego,

en que juzga que el globo todo arde.

Así recién formado, con profundo  
terror, vagar por anchas soledades,  
envuelto en espantosas tempestades,  
al primer homicida miró el mundo.

## Segunda parte

¡Sevilla! ¡Oh nombre mágico, que encanta  
con su apacible son mi mente toda,  
y de recuerdos plácidos circunda  
mi helado corazón y mi memoria!

Sevilla, reina del ameno clima  
en que Guadalquivir su regia pompa  
ostenta, caminando hacia los mares  
do el sol se esconde al desdeñar a Europa.

Sevilla, que, gallarda señoreas  
de olivo y de laurel con la corona,  
la parte más risueña de este mundo,  
y do ingenio y valor la tierra brota,

mientras más lejos de tus altos muros,  
de tu inmensa basílica grandiosa,  
y de tus odoríferos vergeles,  
más te tengo presente a todas horas.

En ti pasé mi juventud florida,  
y el balsámico ambiente de que gozas  
me restauró la sangre, que en los campos,  
por mi patria y mi rey vertí con honra.

Y en ti gocé de deliciosos días,  
y del amor los bienes y zozobras,  
y recogiendo aplausos y laureles,  
de la felicidad bebí en la copa.

Qué entusiasmado viendo de Murillo  
y Zurbarán las encantadas obras,  
admirando tu alcázar y tu templo,  
y oyendo hablar a Herrera y a Rioja,

me elevé de las brisas en las alas,  
cual del jazmín y azahares los aromas  
y el fuego celestial de la poesía  
ardió en mi mente, y aspiré a sus glorias.

Jamás, jamás te olvido, insigne emporio  
de ingenio y gracia y de beldad; y ahora,  
mientras de ti tan separado escribo  
en alto verso esta olvidada historia,

a la orilla de un mar que de esmeralda  
revuelve alegre las risueñas olas,  
inmediato al flamígero Vesubio,  
y admirando su cumbre tronadora,

que humo y ceniza lanza contra el Cielo,  
y forma espesa nube, que el sol dora,  
cercándome de flores coronadas  
de Posílipo y Vómero las lomas;

y en Nápoles, en fin, la que en el mundo  
tanto renombre esclarecido goza,  
a ti y tan sólo a ti tengo delante,  
y en ti, ¡grata ilusión!, mi mente mora.

Y miro alzarse tu Giralda esbelta  
entre vapores de color de rosa,  
y oigo la voz de sus sonoros bronces  
que retumba en los montes de Carmona.

Y que estrecho a mi seno me figuro  
las dulces prendas, que de mí remotas  
allá anhelan tan sólo mis noticias,  
y sin cesar me llaman y me nombran.

Y escenas ocurridas en tus campos  
voy a contar, para aclarar la historia,  
que de la tumba de la edad pasada  
el sacro numen, que me inspira, evoca.

\*\*\*

Poco después que en la morisca Alhambra  
la cruz de Cristo derrocó a la luna,  
triunfó de la espantosa idolatría  
en el bárbaro harén de Moctezuma.

Pues el Reparador del Universo

dio de extender su nombre, y la fe suya  
la alta misión a los esposos reyes,  
que a Aragón y Castilla unen y juntan.

Y abriendo las barreras de los mares  
a las osadas españolas fustas,  
regidas por un hombre extraordinario,  
domador de huracanes y de furias,

ofreció un nuevo mundo a su grandeza,  
do la gloria aumentar que los circunda,  
y do la santa luz del Evangelio  
su influjo bienhechor muestra cual nunca,

disipando las bárbaras tinieblas  
de las espesas infernales brumas,  
en que el rebelde arcángel envolvía  
las regiones del globo más fecundas.

Allí pocos valientes humillando,  
a fuerza de constancia y de bravura,  
el poder de cien bárbaras naciones,  
y del tenaz infierno las astucias,

dieron a los católicos monarcas  
cien coronas riquísimas, que ocultas  
para España guardó siglos y siglos  
en tal región la Omnipotencia suma.

Mas de tantas conquistas milagrosas,  
que aun la envidia por fábulas reputa,  
como hicieron los bravos españoles  
allá en ocaso en incesante lucha,

la más alta, admirable y portentosa,  
la colmada de gloria cual ninguna,  
fué el imponer Hernán Cortés, el grande,  
al mejicano imperio la coyunda.

¡Hernán Cortés!... Coloso que descuella  
entre los héroes que la fama adula,  
como gigante pino en los jardines  
se alza soberbio entre la humilde murta.

¡Hernán Cortés!..., cuyo glorioso nombre  
el primer puesto de la Historia ocupa,  
entre cuantos alzarse ha visto el mundo,

en brazos de la bélica fortuna.

El que llevó la cruz de su estandarte  
de triunfo en triunfo, vencedora, augusta,  
desde la fértil vega de Tabasco  
hasta las altas torres de Cholula,

tan sólo con seiscientos españoles  
de guerreros cien mil domó la furia,  
a fuerza de constancia y de denuedo,  
en los valles hondísimos de Otumba.

Y plantó audaz el pabellón hispano,  
con gloria eterna de la patria suya,  
en la opulenta Méjico, que el orbe  
del Occidente emperatriz titula.

¡Ay!... Al trazar estos sonoros versos  
con noble orgullo la entusiasta pluma,  
de tanta gloria mis ardientes ojos  
en aquella región el templo buscan.

Y la ven, ¡oh dolor!, presa infelice  
de raza infiel, advenediza, oscura,  
que a la fe del glorioso Recaredo  
con sus dogmas heréticos insulta.

Raza de mercaderes... ¿Y no queda,  
y allí no queda ya gota ninguna  
de castellana sangre, que valiente  
tan horrenda agresión pasme y confunda?

Queda, sí, y se derrama valerosa,  
mas sin fuerza y poder. La desvirtúan  
rebeliones, discordias, impiedades,  
delirios, ambiciones y disputas,

que la pérfida Albión con larga mano,  
hundiéndolos en mar de desventuras,  
sembró en aquellos pueblos infelices,  
que niños son, y adultos se figuran.

¿Y por qué España, la ofendida España,  
no alza la frente, y sus valientes junta,  
y a la venganza y al socorro vuela,  
perdonando cual madre las injurias?

¿Más qué pronuncio? ¡Oh Dios! Basta, y un velo  
impenetrable las miserias cubra,  
que el poder roban a la Patria mía,  
y que la gloria de su nombre anublan.

Y volvamos la mente a aquellos siglos,  
para consuelo de tan grande angustia,  
en que su fe y lealtad la colocaron  
más alta que ese sol que nos alumbra.

\*\*\*

Triunfantes los castillos y leones  
en la regia mansión de Moctezuma,  
y la insignia del Gólgota humillando  
del ídolo infernal la frente inmunda,

ya recibía el mejicano imperio,  
sumiso, reposado y con fe pura,  
las suaves leyes y los santos ritos,  
que paz y eternas dichas aseguran.

Y el grande Hernán Cortés, modelo insigne  
de lealtad española cual ninguna,  
a poner de su rey ante las plantas  
aquella gran conquista se apresura.

Y cargada de bálsamos y aromas,  
perlas, tejidos y esmaltadas plumas,  
oro, alimañas de pintadas pieles,  
indios guerreros y exquisitas frutas,

mandó partir una ligera nave  
desde las playas de San Juan de Ulúa,  
que lleve a España y al monarca ofrezca  
de aquel imperio la diadema augusta.

Mar bonancible y favorable viento  
halagan al bajel, que la fortuna  
conduce hacia el Oriente, y que gallardo  
las crespas olas sin peligro surca.

Ya mira desde lejos coronadas  
de olivos las montañas andaluzas,  
y sin temer escollos ni bajíos,  
y humillando la barra de Sanlúcar,

del gran Guadalquivir las dulces aguas  
riza y encrespa de argentada espuma,

y entre olorosos, verdes naranjales,  
pomposa pasa y presurosa cruza.

Ya ve de la Giralda desde lejos  
alzarse altiva la delgada aguja,  
y del coloso, que en su cumbre gira  
los fúlgidos destellos la deslumbran.

De Sevilla las torres y atalayas  
que nave llega de Occidente anuncian,  
y a muelles y riberas acudían  
a saludarla las curiosas turbas.

La nave majestuosa, cuyas velas  
las frescas brisas de la tarde empujan,  
con flámulas jugando y gallardetes,  
que en los ingentes mástiles ondulan,

de la Torre del Oro a los pies llega,  
las pardas lonas en la verga anuda,  
y rompe con las áncoras el río,  
que fondo en que cebar el diente buscan.

Y con alegre salva, que un momento  
en blanco humo la envuelve, y que retumba  
de los lejanos montes en los valles,  
a la ciudad clarísima saluda.

El sol en el ocaso se escondía  
entre vapores férvidos, que ofuscan  
su deslustrada faz, y en el Oriente  
se alzaba rica de esplendor la luna.

Del principio dichoso del verano  
una noche tranquila, hermosa y pura  
empezando a lucir, de calma llena,  
anunciando reposo y paz profunda;

ríndese al sueño la cansada gente  
de la nave, ya inmóvil y segura,  
y la gente de tierra se retira,  
ansiando sólo que la aurora luzca.

Rayó por fin en el remoto Oriente,  
aun de celajes y vapor desnuda,  
y el sueño desterrado de Sevilla  
a la Giralda con su luz saluda,

cuando enjambres de lanchas y bateles,  
de barcazas, de botes y falúas,  
cercan la gruesa nave, y las riquezas  
ansían de que preñada la reputan.

Y entre el común estruendo y algazara,  
y voces diferentes y confusas,  
a la radiante luz del nuevo día  
el desembarque ansiado se apresura.

Y ya van a los muelles y riberas  
pesados fardos de riqueza suma,  
aves que nunca el cielo aquel cruzaron,  
de verdes, rojas y amarillas plumas;

maderas exquisitas, que la cara  
de los bruñidos mármoles ofuscan;  
especias del sabor más delicado,  
que olfato y paladar a un tiempo adulan.

Barras de oro y de plata refulgentes,  
armas de pedernal y de tortuga,  
coseletes y escudos con labores  
que a las del gran Cellini sobrepujan.

Tejidos de algodón cual blanca nieve,  
o teñidos de grana que deslumbra,  
plantas de pomposísimos follajes,  
con prodigiosas, odorantes frutas.

Gruesas perlas, espléndidos penachos,  
copal y aromas, y con rara industria  
cueros, búcaros, cobres, filigranas  
labrados en fantásticas figuras.

Gomas medicinales, y hasta hierba,  
cuyo humo el marinero aspira y chupa,  
lanzándolo después en blanca nube,  
que el ambiente en redor llena y perfuma.

Y hombres de otro color, y de un lenguaje  
que aullido de las fieras se reputa  
y aunque lampiños sus feroces rostros,  
audacia y furia bárbara denuncian.

En fin, las producciones exquisitas

de un clima remotísimo, que ocultan  
hinchados mares; producciones raras  
que hasta entonces la Europa no vio nunca.

Tanta extraña riqueza y tanto objeto  
admirable y magnífico deslumbran  
a los entusiasmados sevillanos,  
y su imaginación, rica y fecunda,

ve aun mucho más de lo que ve delante,  
y pondera, engrandece, aumenta, encumbra  
el bajel, y la carga, y la conquista,  
y alto portento cuanto mira juzga.

La ribera tocar los pasajeros  
entre tan grande confusión procuran,  
y en los ligeros botes, y en las lanchas  
saltan, y se acomodan y se agrupan.

Y en llegando a los muelles, de rodillas  
con gran fervor, y con las manos juntas,  
dan gracias al Señor Omnipotente,  
que en tan extenso mar les dió su ayuda.

Y abrazan de la infancia a los amigos,  
y noticias solícitas escuchan  
de la corte, y las grandes novedades  
en su ausencia ocurridas los conturban.

Y luego satisfacen como pueden,  
oyendo atenta una curiosa turba,  
a mil necias cuestiones inconexas,  
y a disparatadísimas preguntas.

Unos cuentan hazañas portentosas,  
otros riquezas sin reparo abultan,  
otros muestran horrendas cicatrices,  
y todo es confusión y barahúnda.

Tan sólo un pasajero no demuestra  
para desembarcar prisa ninguna,  
y a todo aquel bullicio indiferente,  
se apoya a un mástil con la boca muda.

Y ya entrada la noche, por la escala,  
desciende y toma asiento en la falúa,  
y manda que a la orilla más distante,

no al bullicioso muelle, lo conduzcan.

En sitio solitario en tierra salta,  
nadie repara en él, y no tributa  
gracias al Cielo hincada la rodilla,  
de que en la tierra firme el pie asegura.

Vaga un momento de uno al otro lado,  
y párase después. Los brazos cruza,  
con horror la ciudad cercana mira,  
y torna el rostro a la creciente luna.

Parece que al poner el pie en España,  
y al mirarse en su tierra, le atribula  
algún grave recuerdo, o que le espera  
alguna miserable desventura.

Sesenta años de edad manifestaba,  
era su complexión árida y dura,  
que peregrinaciones y trabajos  
hicieron aun más fuerte y más robusta.

Su calva frente erguida y altanera  
surcaban profundísimas arrugas,  
huellas de violentísimas pasiones,  
dando a su faz una expresión adusta.

De los ardientes soles tropicales  
mostraba en él semblante las injurias,  
y en los brazos y pecho cicatrices,  
que de bravo guerrero lo gradúan.

Era su porte majestuoso y noble,  
aunque pobre y vulgar su vestidura,  
y su aspecto total era de aquellos  
que miedo y compasión a un tiempo inculcan.

Sin nombre, oscuro, aventurero y pobre,  
con Cristóbal Colón se lanzó en busca  
del ignorado mundo; acaso, acaso  
anhelando que el mar fuera su tumba.

Mas no lo consiguió; sí los portentos  
ver, y en las prodigiosas aventuras  
de aquel descubrimiento y gran conquista  
parte tomar con importancia suma.

Y tal vez por su arrojo y fortaleza  
la frágil carabela logró alguna  
borrasca superar, y de bajíos  
y escollos salva continuar su ruta.

Y le vieron también la isla española,  
y los manglares ásperos de Cuba,  
romper con duro pecho las corrientes,  
y de saetas despreciar la lluvia.

Y más tarde, en el río de Grijalva  
de aquel caudillo la infeliz fortuna  
corrió, y con riesgo, a nado y malherido,  
pudo al cabo salvarse en las falúas.

Y después las macanas de Tabasco  
le abollaron el yelmo y la armadura,  
y de las flechas de Tlascala luego  
pudo probar la envenenada punta.

Y combatió a los rudos Totonagues,  
y venció las traiciones de Cholula,  
y regó con su sangre las calzadas,  
y lidió con despecho en las lagunas.

Y al lado de Cortés el estandarte,  
de oro tejido, y de rizadas plumas,  
del imperio de ocaso vió rendirse  
en la victoria espléndida de Otumba.

Y por fin prosternarse el señorío  
de la estirpe feroz de Moctezuma,  
por favor especial del cielo santo,  
a los pies de la hispánica fortuna.

Pero siempre escondido guardó el nombre,  
y envuelta de misterio en noche oscura  
su condición. Hablaba raras veces,  
y jamás recompensa admitió alguna.

Ni se sabe por qué regresa a España,  
y se ignora también si es patria suya,  
pues en treinta y dos años a su boca  
no se ha escuchado recordarla nunca.

Y no faltó tampoco quien tuviera  
de si era el tal o no cristiano duda,

pues blasfemias y horribles maldiciones  
lanzaban en los momentos de gran furia.

Y en los grandes apuros y desastres  
jamás pidió devoto al Cielo ayuda;  
antes bien, con sonrisa del infierno  
de los que la impetraban hizo burla.

Mas por el alto esfuerzo y bizarría  
con que arrollaba las indianas turbas,  
y porque acaso se debió a su arrojo  
glorioso triunfo en ocasiones muchas,

y porque desdeñaba generoso  
tomar de los despojos parte alguna,  
ni tener tierras, ni adquirir esclavos,  
y en juego y embriaguez no se halló nunca,

tuvo en los capitanes indulgencia,  
y sin horror la soldadesca ruda  
le miraba, cual flor de los valientes,  
llamando extravagancia a su locura.

Personaje tan raro y misterioso  
es el que mira a la argentada luna  
del gran Guadalquivir en la ribera,  
y que acercarse a la ciudad repugna,

pues, la espalda volviéndole, camina  
a buscar de Tablada la llanura,  
y sin senda la fresca hierba hollando,  
ni fija dirección, lento la cruza.

\*\*\*

Era una noche serena  
del principio del verano,  
cuando tan rico y lozano  
se muestra el suelo andaluz.

Y de encanto y plata llena  
el cielo señoreaba,  
y en la tierra derramaba  
la luna su blanca luz.

El puro ambiente dormía  
en el sueño delicioso,  
que da el bálsamo oloroso  
del jazmín y del azahar.

Y Tablada parecía,  
sin árbol, casa ni sombra,  
una inmensa verde alfombra  
tendida de mar a mar.

Y en ella, sola y aislada,  
aquella extraña figura,  
que se dibujaba oscura  
de la luna al resplandor,

alguna sombra evocada  
parecía, por un mago,  
o fantasma incierto y vago  
de congelado vapor.

Hondo silencio reinaba  
do sólo, como un arrullo,  
el apacible murmullo  
del manso Guadalquivir;

o algún rumor que llegaba  
confuso, incierto, lejano,  
del gran pueblo sevillano,  
se dejaba percibir.

Cuando la torre eminente  
de lejos, con diez pausadas  
y sonoras campanadas,  
las tinieblas conmovió.

Y oyéndolas aquel ente  
misterioso, cual si oyera  
rugidos de oculta fiera,  
sus pasos aceleró.

Y la yerba larga hollando  
empapada de rocío,  
en su seno húmedo y frío  
algo tocó con el pie.

Algo que salió rodando...  
Redonda piedra sería,  
pues que tanto se movía,  
y corto el impulso fue.

Mas torna a hallar el estorbo,

que otra vez rueda delante,  
y que un ruido semejante  
a cosa hueca formó.

A tropezar vuelve, y torvo  
quiere ver que le importuna,  
y al resplandor de la luna  
blanca calavera vio.

Obsérvala horrorizado,  
y en las órbitas desiertas,  
y de carne no cubiertas,  
ve dos chispas relucir:

dos ojos, ¡desventurado!,  
que lo miran y confunden,  
y tal desmayo le infunden,  
que no puede el triste huir.

Y crece su angustia fiera  
cuando en sepulcral acento  
a la boca sin aliento  
oyó: «¡Nuño Garcerán!»

Su nombre de tal manera  
pronunciado lo anonada,  
y con la sangre cuajada  
faltándole fuerzas van.

Pero en mármol convertido,  
inmóvil, insensible, yerto,  
para escuchar a aquel muerto  
allí plantado quedó;

y, tras lúgubre gemido,  
la ya monda calavera  
de esta terrible manera  
desde la yerba le habló:

«Escúchame atentamente;  
oye, Nuño Garcerán,  
que te está hablando Rodrigo,  
aquel tu amigo leal.  
Y este triste resto suyo  
veinte años hace que está  
esperando tu regreso,  
en aquesta soledad;

conservando, como notas,  
por decreto celestial,  
ojos con luz para verte,  
lengua fresca para hablar,  
y revelarte un misterio  
de tanta importancia, y tan  
interesante a tu alma,  
como tú mismo verás.

»A diez horas de la noche  
hoy treinta y tres años ha  
que a tu esposa doña Blanca  
diste muerte sin piedad,  
juzgando que te ofendía,  
y hasta viéndolo, que es más.

»Pero es falso muchas veces  
lo que se ve, Garcerán.  
Pues te amaba delirante,  
con pasión y con lealtad,  
y era tan santo y tan puro  
su pecho como un altar.

»Cuanto viste fue mentira,  
fue trama vil y falaz,  
que me sugirió el infierno,  
que me inspiró Satanás,  
para vengar rencoroso  
el desdén y el ademán  
con que desdeñó orgullosa  
mi seducción pertinaz.  
Y temiendo de una parte  
que os revelara quizá  
los atrevidos intentos  
de mi inicua deslealtad;  
y por otra de venganza  
ardiendo en la ansia voraz  
sólo, sólo su exterminio  
fue ya mi anhelo y mi afán.

»Yo detuve los correos,  
yo, astuto, nunca tornar  
dejé, Nuño, a los criados  
que tú mandastes allá.  
Y poco después, viniendo  
de Provenza y Perpiñán,  
de doña Blanca el hermano

su tierno amparo a buscar,  
porque del padre de entrambos  
iban los negocios mal,  
intercepté yo las cartas  
en que de esta novedad  
cariñosa te dio parte,  
y tracé el horrendo plan.

»Te llamé, volaste ciego  
donde te esperaba ya,  
y hasta el jardín te conduje,  
como puedes recordar.

»Allí a tu esposa miraste,  
sol puro, ángel celestial,  
con su hermano don García  
en inocente solaz;  
y creyendo ofensa tuya  
el cariño fraternal,  
de tus celos furibundos  
reventó el hondo volcán.

»Yo la maldición oyendo  
sobre mi frente tronar  
de los cielos, por el monte,  
del horrendo temporal  
envuelto en las densas sombras,  
y huyendo de mi maldad,  
perdíme; y diez años luego  
vagué por el mundo, tan  
perseguido de fantasmas,  
de despecho, de ansiedad,  
que anhelaba del sepulcro  
el hondo sueño y la paz.

»Al cabo vine a Sevilla,  
sin propósito y sin plan,  
y en su muelle una mañana  
vi un hombre, cuyo ademán  
me ofreció vagos recuerdos  
de otro tiempo y de otra edad.  
Y clavando en mí los ojos,  
y nombrándome además,  
con irresistible fuerza  
me arrastró hasta este lugar,  
en donde nuestras espadas  
lucha trabaron mortal.

»Era el mismo don García,  
tu cuñado, que escapar  
logró, bien que malherido,  
de tu cólera infernal.  
Y no aquel tierno mancebo  
lindo y débil era ya,  
sino hombre de fortaleza,  
valiente, orgulloso, audaz.

»Muy poco duró el combate,  
pues su espada atravesar  
logró mi pecho; y al punto  
que en este mismo lugar  
cayó sin vida mi cuerpo,  
en el bátratro infernal  
se precipitó mi alma  
por toda la eternidad.

»Mas Dios, en su omnipotencia,  
dejándome para hablar  
lengua, y ojos para verte,  
porque así te convendrá,  
mandóme en aqueste sitio  
firme tu vuelta esperar,  
y descubrirte el misterio  
como lo he cumplido ya.»

Dijo, y la lengua en polvo convirtiósese,  
los fosfóricos ojos se apagaron,  
a don Nuño las fuerzas le faltaron,  
y en tierra como muerto desplomóse.

Bañó la fresca aurora  
en púrpura el Oriente,  
y en pos el sol ardiente,  
entre celajes que perfila y dora,  
alzó con majestad la augusta frente.

Del soñoliento río  
tornó el raudal en oro,  
y nítido tesoro  
en los prados las gotas de rocío,  
y saludó a la torre obra del moro.

Y vio solo y desierto  
el campo de Tablada,

de la noche pasada  
con el vapor levísimo aun cubierto,  
y su abundante hierba aljofarada.

Y de través derrama  
por la inmensa Sevilla,  
del orbe maravilla,  
la pura lumbre de su hermosa llama,  
que en altas torres y en palacios brilla.

E hiriendo de soslayo  
una alta vidriera,  
do ardiente reverbera,  
en una pobre celda metió un rayo,  
de un monasterio de los muros fuera.

Y dentro de ella, hundido,  
casi fuera del mundo  
en letargo profundo  
alumbró a Nuño Garcerán, tendido,  
en pobre lecho inmóvil, moribundo.

Y a un monje venerable  
de rodillas al lado,  
que el rostro al cielo alzado  
ruega por aquel ente miserable  
al Supremo Señor que lo ha criado.

Volviendo el religioso  
de lejana alquería,  
donde auxiliado había  
a otro infeliz, cruzaba presuroso  
el campo de Tablada antes del día;

y aquel hombre tendido,  
sin herida, en el suelo  
halló, y con santo celo,  
de que aún no estaba muerto convencido,  
en salvarlo cifró todo su anhelo.

Y de temor desnudo,  
y tan sólo ayudado  
de su fervor sagrado,  
lo transportó a su celda como pudo,  
mas ya reputa inútil su cuidado,

cuando el rayo amoroso

del sol bañó el semblante  
del enfermo, y triunfante  
de aquel febril letargo soporoso,  
tornó la vida al seno palpitante.

Que el calor es la vida,  
y el del sol reanimando  
a Garcerán, y dando  
movimiento a su sangre detenida,  
fue sus inertes miembros restaurando.

Y al que lloraba muerto  
viendo de pronto vivo,  
el monje compasivo,  
y que torna a mover el cuerpo yerto,  
prodígale el socorro más activo.

Abre Nuño los ojos,  
sus mejillas de nieve  
toman color, y mueve  
los labios, de la Parca antes despojos,  
y a raudales respira el aura leve.

Hondamente suspira,  
al cabo se incorpora,  
dónde se encuentra ignora,  
asombrado en redor los ojos gira,  
y del benigno Dios la ayuda implora.

El religioso, en tanto,  
su caridad duplica;  
en dónde está le explica,  
y con santo fervor y celo santo  
el más vivo interés le testifica.

Y Nuño, compulsado  
acaso del tremendo  
espectáculo horrendo,  
que Dios en el letargo le ha mostrado,  
y en lágrimas amargas prorrumpiendo,

confesión con ferviente  
voz demanda anheloso,  
y viendo el religioso  
que ya el menor retardo no consiente,  
en confesión le escucha silencioso.

\*\*\*

Con nueva vida y restaurado aliento,  
y revolviendo Nuño la memoria,  
de tantos años la terrible historia  
al santo cenobita reveló.

Al cenobita, que escuchóla atento,  
y que el nombre al oír del penitente,  
cubrió de horrenda palidez la frente,  
y cual de mármol gélido quedó.

Y de la confesión en el discurso,  
ya las lágrimas queman su semblante,  
ya el corazón del pecho palpitante  
parece va a salir con ansiedad.

Ya da a suspiros dolorosos curso...;  
mas tranquiliza la virtud su alma,  
y en su rostro renuévase la calma  
que dan la abnegación y caridad.

Nuño, convulso, ronco, anonadado,  
de aquellos largos años que pasara  
blasfemando de Dios con furia rara,  
cual pudiera un espíritu infernal,

en la incredulidad precipitado,  
abiertamente con el Cielo en guerra,  
maldiciendo frenético a la Tierra,  
y ansiando ver su destrucción final,

como si el santo Cielo bondadoso  
para el acto solemne le volviera  
de su antiguo vigor la fuerza entera,  
hizo la más completa confesión.

Demostrando al prudente religioso  
que Dios su corazón tocado había,  
y que en él a raudales difundía  
el bálsamo de humilde contrición.

Y cuando al concluir la penitencia  
esperaba en la tierra prosternado,  
de su pasada vida horrorizado,  
dispuesto a renunciar al mundo atroz,

en pie el monje, mostrando en su presencia  
noble que el Cielo santo le ilumina,

que arde en su mente inspiración divina,  
así prorrumpe con solemne voz:

«¡Oh admirable, oh magnífica  
Omnipotencia suma!...  
¿Hay mortal que presuma  
tus ocultos arcanos penetrar?

»¡Oh adorable, oh santísima  
misericordia!... ¡Cuánto  
es inmenso tu manto!  
¿Quién no debe en tu amparo confiar?

»La gloria más espléndida,  
¡oh Garcerán!, te aguarda,  
si es que no te acobarda  
la penitencia que te impone Dios.

»Corre, corre solícito  
de León a la sierra,  
a tu Patria, a tu tierra  
de bienaventuranza eterna en pos.

»Allí del hondo bátratro  
todo el poder confunde,  
sus asechanzas hunde,  
y gánate la palma angelical.

»Con penitencias ásperas,  
con oración constante,  
con fe perseverante,  
implora la clemencia celestial.

»Y señal segurísima  
será de que la obtienes,  
y que tu gracia tienes,  
del Cielo santo singular favor,

»de una joya riquísima  
el hallazgo impensado,  
joya que de tu estado  
restaurará la fama y esplendor.

»En cuanto brille fúlgida,  
el cielo serenarse,  
y el suelo engalanarse  
de hermosos dones súbito verás.

»Y luego una flor cándida  
a tus plantas nacida,  
te anunciará otra vida,  
y con ella a la gloria volarás.

»Porvenir tan magnífico  
el Señor te reserva,  
si en penitencia acerba  
persistes, largos años de expiación.

»Y en el nombre santísimo  
del Dios omnipotente  
doy a tu humilde frente  
de tu pasada vida absolución.

»Y ahora en tu seno estréchame  
y al Cielo bendigamos,  
porque aquí nos juntamos,  
desventurado Nuño Garcerán.

»Llega, sí, reconóceme,  
soy de Blanca el hermano,  
y de tu hierro insano  
aun las señales en mi pecho están.

»¡Oh juicios del Altísimo!...  
Yo soy, yo, don García,  
que de tu saña impía  
logré salvarme en noche tan fatal,

»porque Dios piadosísimo  
me eligió en el momento  
para humilde instrumento  
que te abriera el camino celestial.»

Diciendo así aquel monje venerable,  
en cuyo labio Dios hablado había,  
el macilento pecho descubría  
con cicatriz en él honda, espantable;

y Nuño, en llanto de dolor deshecho,  
en su seno se lanza confundido,  
«¡Perdón..., perdón!», gritando arrepentido,  
y quedan mudos en abrazo estrecho.

### Tercera parte

¡Ay, qué aspecto tan triste y desolado  
presenta el sitio un tiempo delicioso  
do Nuño Garcerán tuvo su estado!

Desde el momento aciago y espantoso  
en que de sangre pura fue inundada,  
por la trama infernal de un alevoso,

y por la injusta mano emponzoñada  
de un mortal fascinado y delirante,  
¡cuánto la tierra aquella está mudada!

Del sañudo huracán, que en el instante,  
de perpetrarse el crimen, repentino  
descendió de los montes resonante,

en el confuso y raudo remolino  
huertas, mieses, jardines perecieron,  
y la alta encina y el robusto pino.

Y las nubes tronantes, que envolvieron  
en ciega oscuridad toda la sierra,  
con rayos el palacio confundieron.

Y con hondo bramar tembló la tierra,  
y el torrente del valle a los alcores,  
tornado turbio pronto, movió guerra;

sorprendidos labriegos y pastores  
con tanta confusión y tal trastorno,  
abandonaron chozas y labores.

Y huyeron a los montes del contorno,  
de aquella noche en el horror tremendo,  
muerte y desolación mirando en torno,

tal vez que era llegada ya, creyendo,  
de este mundo la fin profetizada,  
y el cataclismo universal y horrendo.

\*\*\*

Después, cuando la cólera apiadada  
de Dios encadenó los aquilones,

y su faz mostró el cielo sosegada,

los cimientos no más de sus mansiones  
encontraron aquellos desdichados,  
rotos puentes, hundidos murallones,

en lodazal mefítico los prados,  
o en arenal estéril convertidos,  
riscos deshechos, límites borrados.

Rasos los bosques, yermos los ejidos,  
y de volcados troncos, y maleza  
los hondos barrancales invadidos.

Del soberbio palacio la firmeza  
quebrantada, y ruina amenazando  
los restos de su gloria y su grandeza.

Y aunque los infelices trabajando,  
tentaron restaurar su patrio suelo,  
contra desdichas tantas peleando,

tenaz se opuso el indignado Cielo,  
por miras escondidas y profundas,  
a que logaran su afanoso anhelo.

Pues sin vida las tierras infecundas  
al asiduo labrar no respondían,  
marismas sin verdor, charcas inmundas.

Con frecuente terror se repetían  
los temblores de tierra, y del torrente  
a su lecho las aguas no volvían.

Y mortífero el aire, y pestilente  
con las muertas lagunas y pantanos,  
era a hombres y ganados inclemente.

Y en las desnudas cumbres y en los llanos,  
y en torno a las ruinas temerosas,  
cruzaban lentas por los aires vanos,

hendiendo las tinieblas silenciosas,  
blanquecinos fantasmas; y se oyeron  
ayes, gemidos, voces lastimosas.

Y ya en aquel distrito no se vieron  
pájaros, ni alimañas, que, desnudo,  
selvas donde esconderse no tuvieron.

En fin, su estado miserable y rudo  
triste horror a los propios naturales,  
y amargo desaliento inspirar pudo.

Y abandonando aquellos cenagales,  
de las ruinas y escombros retiraron  
utensilios, maderas y metales.

Pero por más que ansiosos procuraron  
hallar la imagen de la Virgen santa,  
que en la hundida capilla veneraron,

y revolviéron de ella hasta la planta,  
nególes misterioso el alto Cielo  
alivio tal en desventura tanta.

Y con este dolor y desconsuelo,  
en afligidas turbas de la tierra  
emigraron, buscándose otro suelo.

Dejando de su Patria y de su sierra  
tal fama en los contornos, que hasta el nombre  
de aquel estado como infausto aterra.

Y no hay a quien de lejos no le asombre,  
y nadie osa acercarse a su distrito,  
do en treinta años el pie no estampó un hombre  
del Señor reputándolo maldito.

\*\*\*

Volviendo de Compostela,  
adonde se fué don Nuño,  
antes de empezar la vida  
que su confesor le impuso,

a orar del patrón de España  
en el sagrado sepulcro,  
y a pedir al Cielo ayuda  
con tan poderoso influjo;

peregrino, penitente,  
escuálido y taciturno,  
de tosco sayal vestido,  
con nombre vulgar y oscuro;

después de fatigas grandes,  
después de trabajos muchos,  
después de treinta y tres años  
que ha vagado por el mundo;

cuando de él nadie se acuerda,  
ni de él habla más el vulgo,  
de su estado en los linderos  
el pie descarnado puso.

Y reconociendo apenas  
de aquellas lomas los bultos,  
y los sitios do la infancia  
feliz y tranquila tuvo,

extiende la ansiosa vista  
buscando recuerdo alguno,  
y no le hallaron sus ojos,  
de amargas lágrimas turbios.

Detiéndose horrorizado,  
acobárdase confuso,  
y echa menos los desiertos  
de la otra parte del mundo.

Y casi, casi espantado  
del deber que allí le trujo,  
vaciló, dudó, y la planta  
a volver atrás dispuso.

Mas ayudado y repuesto  
por la mano del Ser Sumo,  
empezó su penitencia  
avanzando resoluta.

Cruza horrendos pedregales  
donde antes bosques robustos,  
y cenagosos pantanos  
donde productores surcos.

Y en vez de risueños riscos  
vestidos de hiedra y musgo,  
ve montes de tosca arena  
y barrancales profundos.

Ni reconoce el torrente,

que ha trastornado su curso,  
y turbio se rompe y salta  
entre peñascos desnudos.

Y cuando al valle desciende  
el asombrado don Nuño,  
la gran soledad le aterra,  
le da el gran silencio susto.

En el lugar do el antiguo  
palacio alzaba sus muros,  
de almenaje coronados,  
y de pomposos escudos,

ve horrendo montón de escombros,  
que forman informe bulto,  
sin dejar de lo que han sido  
rastros ni indicios ninguno.

Pero, ¡ay triste!, reconoce,  
por un misterioso impulso,  
el funesto sitio donde  
de la virtud fue verdugo.

Ni sombra del jardín queda,  
pero el sitio donde estuvo  
el cenador reconoce  
en medio del campo inculto.

Pues hay un breve cuadrado,  
donde sólo de fecundo  
da señal aquel terreno  
tan árido y tan desnudo.

Está cubierto de césped  
aljofarado, y no mustio,  
do silvestres florecillas  
ostentan frescos capullos.

Juzgárase algún tapete  
de caprichoso dibujo,  
que allí se dejó olvidado  
perdido viajero turco.

O un oasis en miniatura,  
invisible y breve punto  
que el germen de vida guarda

de aquel inmenso sepulcro.

Nuño Garcerán presume,  
por alto celeste influjo,  
que allí descansan los restos  
de aquel ángel que fue suyo.

Y la faz contra la tierra,  
horrorizado, convulso,  
lanzando del hondo pecho  
gemidos y ayes profundos,

llora, reza, pide, espera,  
teme, duda, y en agudos  
gritos prorrumpe, que el eco  
repite en sonos confusos.

Y al cabo, exánime, yerto,  
tendido, sin voz, sin pulso,  
allí pasó largas horas,  
aun más que vivo, difunto.

\*\*\*

En una profunda cueva,  
que los trastornos pasados,  
al desplomarse dos riscos  
entre uno y otro dejaron,

halló el nuevo penitente  
para las noches reparo;  
y de ella hizo la morada  
donde pasó luengos años.

Trazó una rústica cerca  
en torno del breve espacio  
que depósito juzgaba  
de los restos adorados.

Y una cruz rústica en medio  
hecha de dos secos ramos  
levantó, y allí de hinojos  
deshacía llorando.

Referir las privaciones  
los tormentos, los quebrantos,  
los temores, las vigili-  
as, los sustos, los sobresaltos,

que en aquel inculto yermo,  
que en aquel desierto campo,  
padeció constante y firme  
el arrepentido anciano,

fuera no acabar. Las noches  
las pasaba circundado  
de espectros y de fantasmas,  
de visiones y de trasgos.

Y si con fervientes rezos  
consegua disiparlos,  
y dar a su cuerpo débil  
un momento de descanso,

ya los ecos del torrente,  
ya el rumor del viento vago,  
ya de las aves nocturnas  
los alaridos infaustos

llegaban a sus oídos  
como clamores humanos,  
su breve y ligero sueño  
interrumpiendo y quebrando.

La mayor parte del día  
la pasaba prosternado  
de doña Blanca en la tumba,  
hecho el corazón pedazos.

Y si acaso recorría  
valle y monte solitarios,  
los recuerdos de su infancia  
y las dichas de otros años,

y de sus tiernos amores  
las delicias y los lazos,  
eran tormento espantoso  
de su pecho destrozado.

Ni dejó de perseguirlo  
el infierno, separarlo  
queriendo de aquella senda  
de penitencia y de llanto,

presentándole a la vista,  
ya temores, y ya halagos,

ya memorias importunas  
de orgullo, poder y mando.

Cuántas veces al lúgubre  
morir de hermoso día,  
cuando en vapores férvidos  
su melena envolvía,  
como cadáver pálido  
el moribundo sol,

y de celajes lívidos  
de grana perfilados  
adornaba la atmósfera,  
tiñendo los nublados  
al ocaso más próximos  
de nítido arrebol,

el penitente tétrico,  
sobre un risco eminente,  
el rostro melancólico,  
inclinada la frente,  
por un inmenso cúmulo  
de recuerdos vagó.

Y girando su espíritu  
de la memoria en brazos,  
por las pasadas épocas,  
cual pudiera en los lazos  
de ensueño profundísimo,  
presentes las miró.

En la niebla que alzabase  
la llanura borrando  
y en las sombras fantásticas,  
que iban los montes dando,  
vio con ojos atónitos  
transformaciones mil.

Ya los ricos alcázares  
de la gentil Granada,  
y cual su hueste intrépida  
triunfaba, entusiasmada  
con el pendón católico,  
orillas del Genil.

Del combate el estrépito  
y el gran rimbombe oía,

y las banderas árabes  
a sus plantas veía,  
y su celada fúlgida  
ornada de laurel.

Se hinchaba su alma mísera  
con la antigua victoria,  
anhelaba frenético  
nuevos días de gloria;  
y las artes diabólicas  
casi triunfaban de él.

Ya mudándose rápida  
aquella vista extensa  
del borrascoso Atlántico  
ve la llanura inmensa,  
y alzar sus ondas túrgidas  
bramando el Aquilón;

y cruzar impertérrita  
una nave española  
aquel airado piélagos,  
frágil, cascada, sola,  
pero firme, que anímalas  
el alma de Colón.

Él, dentro de ella júzgase,  
y que miran sus ojos  
del nuevo mundo incógnito,  
entre celajes rojos  
la tierra feracísima,  
cual él la descubrió.

Y luego ve las hórridas  
batallas fabulosas,  
de bárbaros sin número  
las huestes espantosas,  
y oye los terroríficos  
atabales que oyó.

Y al fin ve a la gran Méjico,  
la reina de Occidente,  
la orgullosa, la espléndida,  
humillar la alta frente  
del general hispánico,  
que él ayudó, a los pies.

Y vese en tan magníficos  
combates el primero,  
y goteando cálida  
sangre su noble acero,  
y aplaudirle los héroes,  
y el mismo Hernán Cortés.

Y la espada fulmínea  
y la lanza echa menos,  
de cañones horrísonos  
ansía escuchar los truenos  
otra vez, y avergüénzase  
de su humilde sayal;

pues su alma ensoberbécese  
y casi triunfa de ella,  
y sus santos propósitos  
confunde y atropella  
el aliento satánico  
de espíritu infernal.

Mas el celeste espíritu,  
que en torno de él volando  
lo defiende solícito  
del diabólico bando,  
con sus alas angélicas  
le tocaba la faz.

Y en sí tornando, trémulo  
al Señor invocaba,  
y con acerbos lágrimas  
su piedad imploraba  
contra las artes pérfidas  
del infierno tenaz.

Y armándose con ásperos  
cilicios y oraciones,  
tales escenas mágicas,  
y tales tentaciones,  
y visiones maléficas  
al cabo disipó.

Y persistiendo impávido  
en santa penitencia,  
el perdón de sus crímenes  
y limpiar su conciencia  
de tantas nubes lóbregas

venturoso logró.

Mas no desiste el espantoso infierno  
de combatir las almas que el Eterno  
elige para sí.

Y torna furibundo a la pelea,  
aunque mil veces destrozado sea,  
como ya lo fue allí.

En Garcerán con nuevas tentaciones  
y falaces recuerdos, y visiones  
tornó mano a probar,

de la misericordia soberana,  
que es tan inmensa con la raza humana,  
haciéndole dudar.

Y en las noches silenciosas  
turbaba con espantosas  
voces a aquel desdichado,  
dejándole en el estado  
que no es velar ni dormir.

Y el infelice creía  
que un mar de sangre veía,  
que la caverna inundaba,  
y que «venganza» sonaba  
en su espantoso rugir.

Y que una mujer hermosa  
en él nadaba angustiada,  
con el postrimer anhelo  
venganza pidiendo al Cielo  
del monstruo que allí la hundió.

Y reconocía en ella  
infeliz a Blanca bella,  
y en sí mismo al monstruo insano,  
que en el sangriento Océano  
brutal la precipitó.

Al grito de la cuitada,  
con horrenda carcajada  
el infierno respondía,  
y «venganza» repetía

con aplausos de furor.

Y él entonces imaginaba  
que al Cielo humilde invocaba;  
pero que el Cielo, indignado,  
a sus plegarias cerrado,  
desechaba su clamor.

\*\*\*

Otras veces a Rodrigo,  
a su falso y vil amigo,  
delante de sí veía,  
que riendo le decía:  
«¿Qué haces aquí, Garcerán?

»Todas estas penitencias  
son inútiles demencias,  
y no tienen eficacia;  
pues las fuentes de la gracia  
para ti secas están.

»Ven, amigo,  
ven conmigo  
a blasfemar  
de ese Cielo,  
que es de hielo  
a tu llorar.

»Ven conmigo al infierno  
a hacer eterna guerra al Ser eterno.»

Y luego con risa horrenda  
le mostraba la tremenda  
escena, que aparecía  
entre niebla vaga y fría  
del funesto cenador.

Y Nuño otra vez miraba  
a su esposa, que estampaba  
de un joven en el hermoso  
rostro aquel beso amoroso,  
principio de su furor.

\*\*\*

A doña Blanca, indignada,  
otras veces, asomada  
por rotos nublados llenos  
de relámpagos y truenos,  
juzgaba ver ante sí.

Que a puñados de la herida  
sacando sangre encendida,  
y arrojándola inclemente  
sobre su confusa frente,  
feroz gritábale así:

«No maldito,  
a tu delito  
no hay perdón.  
Dios, airado,  
ha pronunciado  
maldición.

»Húndete con Rodrigo,  
que a ninguno perdono, a ambos maldigo.»

Y era tan fuerte y tremenda  
en la pesadilla horrenda,  
de las falaces visiones  
y de aquellas expresiones  
la bien fingida verdad;

y del dormido en la mente  
obraban tan hondamente,  
que al mísero confundían  
y en un abismo lo hundían  
no esperando ya piedad.

Y en tan horrible despecho,  
el árido hinchado pecho  
con las uñas destrozaba,  
y en tierra se revolcaba  
con horrenda convulsión.

Pero el ángel, que constante  
lo guardaba vigilante,  
con las alas en la frente  
le tocaba, y de repente  
le calmaba el corazón;

despertando, pronunciaba  
de Dios el nombre, y lograba  
desvanecer los ensueños  
y triunfar de los empeños  
del espíritu infernal.

Y aumentando cada día  
con más fe y santa porfía,  
y en Dios con más confianza  
sus penitencias, alcanza  
gracia y perdón celestial.

\*\*\*

Sí; que después de lucha prolongada  
por más de cinco años  
con las artes diabólicas y engaños,  
vida Nuño logró más sosegada.

Y ya las tiernas lágrimas copiosas  
que en la tierra vertía  
donde su amada víctima yacía  
le eran refrigerantes y sabrosas.

Y cuando oraba con fervor vehemente  
descendía del cielo  
un rayo de esperanza y de consuelo,  
que iluminaba su arrugada frente.

Y empezó en el terreno a ver señales  
de que Dios, apiadado,  
iba a volverlo a su primer estado  
y a terminar sus angustiosos males.

Y con el vigor y celestial consuelo  
que sentía en el alma,  
gozoso conoció que ya la palma  
le preparaba de su triunfo el Cielo.

\*\*\*

Una noche sosegada  
de apacible primavera,  
después de orar fervoroso  
el penitente en su cueva,

salió a gozar de la luna,  
que entre nácares risueña,  
de aquel campo iluminaba  
el llano y las eminencias.

Y en santas meditaciones  
absorto, sus pasos lleva,  
sin dirección, distraído,  
del torrente a la ribera.

Allí otra vez, de rodillas,

por un largo espacio reza,  
y después asiento toma  
en una desnuda piedra.

Y respirando en sosiego  
las auras mansas y frescas,  
que con alas invisibles  
revolaban placenteras,

levanta hacia el firmamento  
la venerable cabeza,  
y los ya apagados ojos  
clava en la bóveda inmensa.

Y del Creador adorando  
el poder y la grandeza,  
aquel espacio magnífico  
que lo cobija contempla.

Y ve entre vagos vapores  
cómo giran los planetas  
y dan sus trémulas luces  
las rutilantes estrellas,

y ve los leves celajes,  
que clara luna platea,  
volar, cambiando sus formas,  
caprichosas y ligeras.

Después revuelve la vista  
con desdén sobre la tierra,  
notando entre ella y el cielo  
la distancia y diferencia.

Y ve aquellos arenales,  
y aquellas peladas quiebras,  
y aquellas muertas lagunas,  
y se estremece, y se hiela.

Y por la llanura luego,  
tan silenciosa y desierta,  
tiende medroso la vista,  
que se pierde en las tinieblas.

Cuando, sorprendido, advierte  
por una rambla de arena  
venir, sin susto y tranquila,

una hermosa, blanca, cierva.

Teme que del hondo infierno  
escondida trama sea,  
con que acaso le prepara  
alguna asechanza nueva.

Fervoroso se santigua,  
el santo rosario besa,  
y, preparado a la pugna,  
cruza las manos y espera.

La gallarda cierva, en tanto,  
siguiendo la misma senda,  
sin mostrar recelo alguno  
hasta el solitario llega.

Y como si acostumbrada  
al trato humano estuviera,  
y por la mano del hombre  
a vivir desde pequeña,

tan sin recelo se avanza,  
tan cariñosa se acerca,  
tal candor muestra en los ojos,  
en su balar tal terneza,

y atenciones y caricias  
parece demanda y ruego,  
con expresión tan sencilla,  
y con humildad tan tierna,

que resistirse no pudo  
el prudente anacoreta  
(tal vez impulso secreto  
que no comprende le alienta),

y la seca mano extiende  
sobre la erguida cabeza,  
y halaga, la hirsuta espalda  
de la cariñosa cierva.

La cual, con mil ademanes  
inteligibles, y nuevas  
miradas, y otros balidos,  
y acciones a su manera,

indícale que le siga,  
y que se vaya tras ella,  
y aun le tira con la boca  
del sayal y la correa.

Otra vez el penitente  
algún engaño sospecha,  
y con fervoroso labio  
a la Virgen se encomienda.

Mas de espíritu invisible,  
distinta y clara, resuena  
una voz en sus oídos,  
que le dice: «Nada temas.»

Levántase decidido,  
y en Dios su confianza puesta,  
sigue con incierto paso  
del manso animal las huellas.

Déjase atrás el torrente,  
la ancha llanura atraviesa,  
y no lejos de aquel sitio  
que tumba de Blanca era,

tras de su graciosa guía  
un manso collado trepa  
que tiene en su fácil cumbre  
un grupo de toscas peñas.

Ante él la cierva se para,  
otra vez revuelve atenta  
al penitente los ojos,  
cual rutilantes centellas,

lanza un agudo balido  
que voz humana asemeja,  
que dice: «¡Aquí!», y de repente  
por los peñascos penetra,

metiéndose en sus entrañas,  
sin dejar rastro ni puerta,  
cual si atravesara sólo  
delgada, impalpable niebla.

Pasmado queda don Nuño,  
y su pasmo se acrecienta

oyendo en aquellos riscos  
como una celeste orquesta.

Y viendo que se deshacen,  
como si humo leve fueran,  
descubriendo allá en su centro  
una capilla pequeña,

de blancas congelaciones,  
que cristal parecen, hecha,  
y de luces alumbrada,  
que son pedazos de estrellas.

Y sobre un altar de césped  
divisa la imagen bella  
de la Virgen soberana,  
que es de los ángeles reina.

La misma sagrada imagen  
que en la derrocada iglesia  
del palacio hundido culto  
luengos años recibiera;

protectora de su estado,  
y de su familia egregia,  
de sus vasallos consuelo,  
y amparo de aquellas tierras;

y la que, afable, le anuncia  
que logró gracia completa,  
y perdón el más cumplido  
de la santa Omnipotencia,

Según le anunciara el labio  
de su confesor profeta,  
cuando, inspirado, le impuso  
la cumplida penitencia.

Deslumbrado, el penitente  
cae de hinojos en la yerba,  
y entona solemne salve  
con el alma y con la lengua.

Salve que de querubines  
un coro que le rodea  
repite, y hasta los cielos  
sus puros acentos lleva.

Referir lo que en el alma  
pasó del anacoreta,  
los consuelos y los gozos,  
los confortes, las ternezas,

que a raudales en su pecho  
derramó la Providencia,  
dando a sus maceraciones  
la más amplia recompensa,

no puede mi humilde labio,  
ni hay voz mortal que lo pueda,  
pues son cosas que se esconden  
a la humana inteligencia.

\*\*\*

Tras noche tan solemne, a la mañana,  
cuando el fúlgido sol en el Oriente,  
sobre celajes nítidos de grana,  
alzó con majestad la augusta frente,  
de luz la inmensa bóveda del cielo  
inundando, y de luz el bajo suelo,

quedó admirado de León la sierra  
al penetrar y al ver en sus entrañas  
aquella antes maldita árida tierra  
tornada en feracísimas campañas,  
y que no era la misma juzgó acaso  
que la tarde anterior vio desde ocaso.

Pues en el punto en que la imagen santa  
de la Virgen, amparo y protectora  
de aquel terreno, tras de ausencia tanta,  
a aparecer volvió de paz aurora,  
la sonrisa de Dios omnipotente  
fecundó aquellos campos de repente.

Y mucho más feraces que lo fueron  
en un instante solo germinaron,  
y a las nubes los árboles subieron  
en el momento mismo en que brotaron.  
En praderas verdosas cual ningunas  
tornáronse arenales y lagunas.

Matorrales espesos, frescas flores  
cubrieron las laderas y las lomas,  
y los antes mefíticos vapores

eran ya salutíferos aromas,  
pues humilde el torrente entre juncales  
derramaba purísimos cristales.

Y de aves no nacidas los acentos,  
en bosque improvisado y en floresta,  
los antes mudos y callados vientos  
tornaron suaves en alegre orquesta,  
que al santo simulacro, no a la aurora,  
saludaban con música sonora.

Y hasta de aquellas fúnebres ruinas,  
que parecían huesos insepultos  
de algún titán, con hierbas repentinas  
se revistieron los informes bultos,  
y hiedras espontáneas en festones  
las ornaron con frescos pabellones.

Que tanto en solo un punto alcanza y puede,  
para aliviar al pecador contrito,  
a quien su gracia y su perdón concede  
la piedad del Señor, sumo, infinito,  
después de una constante penitencia,  
de la Virgen sin mancha la influencia.

Del suelo el felicísimo trastorno  
pronto advierten las gentes convecinas,  
y de las altas cumbres del contorno  
observan sus llanuras y colinas;  
y un nuevo Edén advierten de concierto  
do antes, horrorizados, un desierto.

Y del rico terreno y grato clima  
llevados, ya se acercan cazadores,  
ya algún rebaño retozón se arrima,  
ya una choza levantan los pastores,  
ya diestro agricultor osa avanzarse,  
y poco a poco, así tornó a poblarse.

Y de la Virgen pura la capilla  
se vió adornada de votiva ofrenda,  
y en ella la quemada cera brilla,  
sin faltar quien la lleve y quien la encienda;  
que de la santa imagen los favores  
cundieron por los nuevos pobladores.

\*\*\*

Dándole gracias fervientes

a Dios por tantas bondades,  
el tranquilo penitente  
gozaba del bien presente  
tras tantas calamidades.

Mientras que duraba el día  
al culto lo consagraba  
de la imagen de María,  
y más afán no tenía  
ni más amor le animaba.

Y cuando a hundirse en ocaso  
bajaba cansado el sol,  
y con resplandor escaso  
las nubes que hallaba al paso  
esmaltaba de arrebol,

a la tumba el venerable,  
que guarda a su esposa bella,  
llevaba la tarda huella,  
y con consuelo inefable  
de hinojos rezaba en ella.

Y allí a la luna veía  
aparecer tras los montes,  
y cómo lenta subía  
por la bóveda vacía  
a ilustrar los horizontes.

Y cuando ya de luceros  
la inmensidad se adornaba  
con brillantes reverberos,  
porque los rayos postreros  
del sol la noche borraba,

en éxtasis delicioso  
se levantaba su mente,  
y vagaba libremente  
por un mundo misterioso,  
del nuestro muy diferente,

como el águila caudal,  
que en un mar de luz navega,  
sobre las nubes despliega  
las alas, y hasta el umbral  
del palacio del sol llega.

Pues conseguida la palma  
del soberano perdón,  
sin que infernal tentación  
pueda ya turbarle el alma  
ni entibiar su devoción,

su espíritu se elevaba  
como el humo del incienso,  
la fe ardiente le guiaba,  
y las dichas columbraba  
de su porvenir inmenso.

Abrazado de una cruz  
al firmamento subía,  
y en piélagos de alegría,  
y en campos de eterna luz,  
venturoso, se perdía,

los aromas respirando  
de celestiales jardines,  
y aquel perfume gozando  
del aliento puro y blando  
de los santos serafines,

y oyendo aquella armonía,  
que soles sin cuento dan  
cuando tan seguros van,  
como que es Dios quien los guía,  
por la alta esfera en que están.

En ensueño vaporoso  
otras veces embebido,  
figurábase dormido  
en un prado delicioso  
sobre el herbaje mullido.

Que eran guirnaldas de rosa  
sus cilicios; su sayal,  
glorioso manto real,  
y su ancianidad rugosa,  
la juventud más cabal;

porque miraba a su alma  
sin la corteza exterior,  
cercada de resplandor,  
coronada con la palma  
de la gracia del Señor.

Envuelto se imaginaba  
en balsámicos vapores  
de las más fragantes flores  
que el manso viento halagaba  
robándoles sus olores.

Y que al través, tras de aquéllos,  
notaba de cuando en cuando  
cruzar fúlgidos destellos,  
y eran los ángeles bellos  
en torno de él revolando.

Y luego abrirse veía  
el cielo, gran esplendor  
derramando en derredor  
y que en medio de él venía  
la imagen del casto amor.

La de su esposa adorada  
en pie sobre niebla leve,  
de albas rosas coronada,  
y de túnica velada  
muy más blanca que la nieve.

Y en el pecho, do la herida  
le hizo la daga homicida  
mostraba un claro rubí  
como estrella carmesí,  
con luces de eterna vida.

Y Garcerán, venturoso,  
la dulce visión miraba,  
que hasta junto de él llegaba  
con rostro tan amoroso,  
que el corazón le robaba.

Y una plática emprendían  
tan tierna, sabrosa y pura,  
de tanto amor y dulzura,  
y de cosas discurrían  
de tan sublime ventura;

Y con tan santos extremos  
y con expresiones tales  
que apenas las comprendemos,  
y que explicar no podemos

los infelices mortales.

Cuando la visión aquella  
celestial desaparecía,  
el penitente creía  
que al retirarse la bella  
doña Blanca le decía:

«Ven, Garcerán. ¿Por qué tarda  
en venir a mí tu amor?...  
Sube a otra vida mejor.  
¿Qué te arredra y te acobarda?...  
Ven, que te espera el Señor.»

Así, en gratas ilusiones,  
dichosas horas pasaba,  
y su viaje preparaba  
a las eternas mansiones,  
adonde Dios lo llamaba.  
\*\*\*

Vino, tras de hermoso día,  
una tarde deliciosa,  
en que de morado y rosa  
la atmósfera se vistió.

Y a la tumba cual solía,  
ya de aliento y vida escaso,  
con lento y con débil paso  
Nuño Garcerán llegó.

Cual nunca las florecillas  
y aquella abundante yerba,  
que el breve espacio conserva,  
lozana juzgó encontrar.

Y sobre ellas, de rodillas,  
en dulce y celeste calma,  
no con la voz, con el alma,  
comenzó, devoto, a orar.

El sol, desde el Occidente,  
entre nubes, de soslayo  
moribundo metió un rayo  
hasta aquel sitio de paz,

como si del penitente  
despedirse pretendiera,

y el último beso diera  
a su venerable faz.

A su luz roja, expirante,  
ve don Nuño un tallo hermoso  
del suelo brotar frondoso,  
y alzarse con rapidez,

pues en brevísimo instante  
se desarrolla, florece,  
y una azucena aparece  
de celeste candidez.

La admira cual milagrosa,  
y a un impulso soberano  
lleva la trémula mano  
y la arranca de raíz.

Y con ella venturosa,  
dejando en el mismo punto  
en tierra el cuerpo difunto,  
voló a Dios su alma feliz.

Y aquella pura azucena  
fue la vencedora palma  
con que, engrandecida, el alma  
de Nuño en el Cielo entró.

Y de nuevas gracias llena  
aquella flor, desde el Cielo,  
a la Tierra en raudó vuelo  
un ángel restituyó.

Pues la hallaron colocada  
a la mañana siguiente,  
lozana, resplandeciente,  
consuelo de todo afán,

ante la imagen sagrada  
de la Virgen sin mancilla,  
en la rústica capilla  
que descubrió Garcerán.

Final

En el instante en que de Nuño el alma  
voló al palacio de la eterna gloria,  
la azucena sirviéndole de palma  
de su glorioso triunfo y su victoria;  
de la virtud con la tranquila calma,  
olvidando esta vida transitoria,  
en su celda, de hinojos, don García  
oraba humilde al expirar el día.

Y de celeste espíritu el acento  
el tránsito del bienaventurado  
le reveló, mandándole al momento  
marchar al sitio aquel donde ha expirado,  
y en él fundar magnífico convento  
a la Madre del Verbo consagrado,  
a aquella imagen de virtudes llena,  
bajo la advocación de la «Azucena».

Pasó la noche en oración ferviente  
el religioso. Al despuntar el día  
dejó a Guadalquivir y, diligente,  
atravesó la hermosa Andalucía;  
y pobre, peregrino, penitente,  
del reino de León siguió la vía,  
saludando sus tierras empinadas  
después de penosísimas jornadas.

Y en el valle, otra vez rico y frondoso,  
y ya no despoblado, con gran celo,  
protegido del brazo poderoso  
del soberano Dios de tierra y cielo,  
a cumplir su mandato, sin reposo,  
constante dedicó todo su anhelo,  
edificando a aquella imagen bella  
una rica morada digna de ella.

El fervor excitando de los fieles,  
y de otros religiosos ayudado,  
pronto logró elevar los chapiteles  
de un gran templo a la Virgen consagrado,  
en cuyas cimbrias mágicos pinceles,  
y en cuyos frisos mármol cincelado,  
de Garcerán la penitencia y gloria  
consignaron, trazándonos su historia.

En magnífico altar de jaspes y oro,  
en que de cien blandones la luz brilla,  
fue colocada con real decoro  
la efigie de la Virgen sin mancilla,  
sus himnos entonando el alto coro  
al compás de la armónica capilla,  
siempre verde a sus pies, de encantos llena,  
perfumando el ambiente la azucena.

En sepulcro magnífico durmieron  
el sueño de la paz ambos esposos,  
y los votos de plata enriquecieron  
del camarín los muros primorosos,  
y con grandes ofrendas acudieron  
al culto los magnates poderosos,  
siendo de tan insigne santuario  
todo el reino de España tributario.

Gobernólo gran tiempo don García,  
en opinión de santo; otros varones  
después, de ardiente celo y de fe pía,  
de la casa aumentaron los blasones.  
Y su nombre y su fama se extendía  
por todas las católicas regiones,  
conservándose siempre allí lozana  
y fresca la azucena soberana.

Hasta que cuando quiso en cautiverio  
poner la Francia audaz toda la tierra,  
y trastornando el español imperio  
metió en sus lindes destructora guerra,  
despareció aquel santo monasterio,  
con gran dolor de la leonesa sierra,  
de hoguera voracísima en la llama,  
que no nos dejó de él más que la fama.

Y cuentan los piadosos naturales  
que cuando un mar de fuego era el convento,  
en que los chapiteles colosales  
se desplomaban con fragor violento,  
vieron a las mansiones celestiales  
volar, atravesando el firmamento,  
de resplandor cercada y luz hermosa,  
triunfante, la «Azucena milagrosa».

Nápoles, diciembre 1847.  
Fin de «La azucena milagrosa»

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**